

LECCIONES DE LA VIDA APRENDIDAS



Reflexiones Personales

DALLIN H. OAKS

LECCIONES DE LA VIDA APRENDIDAS

Reflexiones Personales

DALLIN H. OAKS

© 2011 Dallin H. Oaks.

Salt Lake City, Utah

Hay libros que no se escriben para ser admirados, sino para ser comprendidos con el corazón. *Lecciones de la vida aprendidas* pertenece a esa categoría. En sus páginas, Dallin H. Oaks no pretende impresionar al lector con su brillante trayectoria como jurista, educador o líder religioso, sino invitarlo a caminar junto a él por los senderos de una vida en la que la fe ha sido el hilo invisible que lo ha sostenido en todo momento.

Desde las primeras páginas, uno percibe la voz de un hombre que ha aprendido a mirar hacia atrás no con nostalgia ni con orgullo, sino con gratitud. Cada capítulo parece nacer de una pausa, de una reflexión profunda sobre los momentos en que Dios le enseñó algo esencial. A veces esas lecciones llegaron en la cumbre del éxito; otras, en el silencio del dolor o en la incertidumbre de una decisión difícil.

Oaks escribe con sinceridad y serenidad. No busca construir una imagen perfecta de sí mismo; al contrario, se muestra vulnerable, humano, consciente de sus límites y de los caminos que aún debía recorrer. En esa honestidad radica gran parte del poder del libro: uno siente que el autor no enseña desde el púlpito de un juez o de un apóstol, sino desde el banco de un discípulo que sigue aprendiendo del Maestro.

Una de las enseñanzas más hermosas del libro es la que surge de su transición de la corte suprema de Utah al Quórum de los Doce Apóstoles. Allí confiesa la tensión entre lo que sabía hacer y lo que Dios le pedía ser. Comprendió que no debía seguir actuando como un juez que había sido llamado a ser apóstol, sino convertirse verdaderamente en un apóstol que alguna vez fue juez. Esa transformación interior —de profesión a vocación, de identidad terrenal a propósito divino— se convierte en una metáfora de la conversión que todos debemos vivir.

El autor también abre su corazón al hablar de su esposa June, de su enfermedad y de su partida. Lo hace con una delicadeza que conmueve. Narra cómo aprendió que el duelo no se supera apresuradamente, sino que se atraviesa con fe, recordando y honrando lo vivido. Relata cómo escribir la historia de su esposa fue su manera de sanar: cada noche, entre lágrimas, revivía su vida juntos y sentía que el amor no había terminado, solo había cambiado de forma. Fue su “último servicio mortal” hacia ella, pero también el puente hacia su propia paz.

Más adelante, cuando comparte la historia de su segundo matrimonio, no lo hace como quien defiende una decisión, sino como quien testifica de la guía del Señor en los nuevos comienzos. Su relato es tierno, sabio y respetuoso. Habla de la bendición de ser guiado por la inspiración, de la aprobación espiritual de su primera

esposa, y de la serenidad que viene cuando uno confía en que Dios conduce incluso las decisiones más personales.

En sus capítulos sobre liderazgo, servicio y revelación personal, se percibe la mente del maestro y el corazón del discípulo. Enseña que liderar es amar, que la claridad en la comunicación es una forma de respeto, y que la calma en la adversidad es una de las señales más claras de un líder maduro. También insiste en que el servicio cristiano debe ser desinteresado, libre de la búsqueda de reconocimiento o aplauso.

En los pasajes donde reflexiona sobre la revelación personal, Oaks habla como quien ha escuchado la voz del Espíritu muchas veces, pero nunca con presunción. Reconoce que la revelación suele llegar “línea por línea, precepto por precepto”, y que a menudo solo comprendemos su propósito completo cuando miramos hacia atrás. Ese reconocimiento humilde —el saber que Dios revela lo necesario, no lo total— da al libro una profundidad espiritual que invita al lector a confiar más plenamente en el tiempo del Señor.

Uno de los temas más recurrentes y valiosos es su insistencia en la diferencia entre principios y preferencias. Él explica que los principios —como la fe, la obediencia, la pureza o la reverencia— deben ser inmutables, mientras que las preferencias pueden adaptarse, especialmente en la vida familiar. De esa comprensión nació la armonía de su matrimonio y su consejo para los jóvenes: que aprendan a ceder en lo accesorio, pero jamás en lo esencial.

Hacia el final del libro, Dallin H. Oaks reflexiona sobre lo que significa testificar verdaderamente de Cristo. Para él, un testimonio no se mide por la elocuencia con la que se expresa, sino por la congruencia entre lo que se dice y lo que se hace. “Cuando sabemos, testificamos, hacemos y llegamos a ser”, escribe, “entonces nos acercamos a lo que Dios nos invita a ser”. Su testimonio no es un discurso doctrinal,

sino una declaración vivida, una invitación a actuar con fe hasta que nuestra vida misma se convierta en testimonio.

El lector termina el libro con una sensación de paz. No hay dramatismo ni frases altisonantes, sino una sabiduría tranquila, nacida de la experiencia y de la comunión con Dios. Cada capítulo deja una enseñanza, pero sobre todo una impresión: la de que la vida, con todas sus pruebas y alegrías, es el taller donde el Señor moldea nuestras almas.

Lecciones de la vida aprendidas es, en el fondo, un diario de discipulado. Es la historia de un hombre que aprendió que el Señor enseña en los tribunales, en los templos, en los hogares y en las pérdidas. Que cada etapa tiene su propósito, y que al final de todo, la mayor lección es la misma que enseñó el Salvador:
“Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciereis.”

Tabla de Contenido

| | |
|--|----|
| Agradecimientos | 8 |
| Introducción | 9 |
| “No se haga mi voluntad, sino la tuya” | 12 |
| Recuperación..... | 15 |
| Enseñanzas del templo | 18 |
| La influencia de las historias familiares | 21 |
| Honra el día de reposo..... | 25 |
| Humildad | 29 |
| El desafío de la indiferencia..... | 33 |
| Separar el respeto, el afecto y las políticas..... | 36 |
| La ley es un instrumento tosco..... | 39 |
| Puntos de inflexión en la vida | 42 |
| La sabiduría del mundo se somete a la revelación..... | 45 |
| Preparándonos para lo que ha de venir..... | 47 |
| Ciencia y religión | 51 |
| ¿Por qué quieres ser recordado?..... | 56 |
| Atribuir razones a la revelación..... | 58 |
| La adversidad | 63 |
| Los sentimientos | 66 |
| Establecimiento de metas | 69 |
| La revelación personal | 72 |
| Liderazgo | 75 |
| Lo aprendido de la formación legal..... | 80 |
| Transición al apostolado..... | 82 |
| Servicio desinteresado..... | 86 |

| | |
|--|-----|
| El significado de “verdadera intención” | 88 |
| Rechazando solicitudes | 91 |
| Reconociendo la revelación | 96 |
| Etiquetas y tiempo | 99 |
| Bendiciones del diezmo | 102 |
| Pecados y errores | 104 |
| Mirando hacia el futuro | 108 |
| Principios versus preferencias | 111 |
| Precaución al compartir experiencias espirituales | 114 |
| La muerte de un cónyuge | 117 |
| Segundo matrimonio | 121 |
| Dar la mano en las conferencias de estaca | 126 |
| Buenos frutos de fuentes improbables | 129 |
| Testimonio de Jesucristo | 131 |

Agradecimientos

En un libro dedicado a las lecciones que he aprendido en mi vida, tengo el privilegio de reconocer a mis maestros. A lo largo de mi vida, mi principal maestro ha sido la voz apacible y delicada y los sentimientos comunicados por el Espíritu del Señor. Mis primeros maestros fueron mis amados padres, el Dr. Lloyd E. Oaks y Stella Harris Oaks. Les siguieron mi esposa June Dixon Oaks (1933–1998); mi esposa Kristen McMain Oaks; y nuestros seis hijos y sus cónyuges: Sharmon (Jack D.) Ward, Cheri (Louis E.) Ringger, Lloyd Dixon (Natalie Mietus) Oaks, Dallin Dixon (Marleen May) Oaks, TruAnn (A. Rock) Boulter y Jenny (Matthew D.) Baker. Otros maestros incluyen a una multitud de hombres y mujeres con quienes he servido en la Iglesia, en la educación y en mis actividades dentro de la profesión legal.

En la elaboración de este libro fui asistido por el élder Spencer J. Condie, un amigo y asociado de muchos años, quien hizo valiosas sugerencias sobre un borrador anterior del manuscrito. Mi hermano, el Dr. (élder) Merrill C. Oaks, y mi hermana, Evelyn O. H. Moody, brindaron una ayuda especial en los primeros cinco capítulos, que tratan sobre nuestras experiencias familiares iniciales. Mi esposa, Kristen M. Oaks, ofreció sugerencias perspicaces sobre el borrador final, el cual fue luego mejorado gracias a las excelentes habilidades editoriales de Suzanne Brady, de Deseret Book Company.

Finalmente, este libro no podría haberse escrito sin las habilidades esenciales de producción e investigación de mi secretaria, Margie McKnight.

A todos mis maestros y ayudantes, les estoy profundamente agradecido.

Capítulo 1

Introducción

A pesar de haber decidido que no escribiría otro libro, sentí una fuerte impresión de escribir este sobre las lecciones aprendidas en las experiencias de mi vida que podrían ser de ayuda para otros. He sentido el deseo de compartir experiencias personales que ilustran qué y cómo he aprendido los principios que han dado forma a mi vida y a mis enseñanzas, incluyendo algunas cosas del corazón que no había compartido antes. No intento tratar todo el contenido de estos temas, por lo que este es más bien una autobiografía de aprendizaje y aplicación, en lugar de un compendio de doctrina. Es, por supuesto, una expresión personal y de ninguna manera una declaración oficial de la doctrina de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Siempre he admirado a las personas que pueden enseñar con persuasión a partir de una abundancia de experiencias personales, pero esto ha sido tan difícil para mí que rara vez he podido hacerlo. Ahora siento que debo hacerlo. Afortunadamente, tengo como modelo a otros apóstoles que han escrito libros que enseñan a partir de muchas experiencias personales. Ejemplos notables incluyen *Inspiring Experiences That Build Faith* del presidente Thomas S. Monson (Deseret Book, 1994), *Stories from My Life* del presidente James E. Faust (Deseret Book, 2001), *Memorable Stories with a Message* del presidente Boyd K. Packer (Deseret Book, 2000) y *Return* del élder Robert D. Hales (Deseret Book, 2010).

La parte más difícil de escribir este libro ha sido decidir qué temas excluir. He omitido muchos principios fundamentales del Evangelio que han influido profundamente en mi vida porque no podía

ilustrarlos con una experiencia definitiva sobre cómo los aprendí. Elegí mis temas de las experiencias personales registradas en mis diarios, correspondencia, historias y discursos, o de recuerdos que surgieron al estudiar esas fuentes. Cuando he dado un discurso o escrito de manera significativa sobre el mismo tema que alguno de estos capítulos, o cuando he incluido un texto de al menos un párrafo de extensión tomado de un escrito anterior, he citado la fuente.

Espero que quienes lean estos recuerdos tan personales de mis experiencias de aprendizaje recuerden que este es un relato de cosas que he aprendido, sin pretender que siempre haya puesto en práctica ese aprendizaje como debí hacerlo.

Primera Parte

HASTA 1971

Capítulo 2

“No se haga mi voluntad, sino la tuya”

El año 1940 podría haber sido un año extraordinario para nuestra familia. Las dificultades económicas y de salud que siguieron a la graduación de mi padre en 1930 de la escuela de medicina en Filadelfia habían quedado atrás. La familia se encontraba felizmente establecida en Twin Falls, Idaho, donde la práctica médica de mi padre (especialista en ojos, oídos, nariz y garganta) prosperaba, y donde él servía en el sumo consejo de la Estaca de Twin Falls. En enero de 1938, él y mi madre habían regresado de cuatro valiosos meses de formación posdoctoral en oftalmología en Viena, Austria, y El Cairo, Egipto. Después de años de sacrificio desde su matrimonio en 1929, mi madre al fin podía contemplar una vida de seguridad como esposa de un médico próspero. En enero de 1940, su hijo Merrill cumpliría cuatro años, y en marzo, su hija Evelyn cumpliría uno. En agosto de 1940, yo, el mayor de sus hijos, sería bautizado tras cumplir ocho años de edad.

La felicidad anticipada de 1940 no habría de concretarse. En el otoño de 1939, a mi padre se le diagnosticó tuberculosis y fue hospitalizado en un sanatorio para tuberculosos en Denver, Colorado. Muchos de los medicamentos actuales aún no se habían desarrollado y, aunque recibió el mejor tratamiento disponible en esa época, los médicos no pudieron detener el avance de la enfermedad. Murió allí el 10 de junio de 1940, dejando a mi madre luchando con una pregunta que ha inquietado a muchos Santos de los Últimos Días fieles. Durante los seis meses de su hospitalización, mi padre recibió muchas bendiciones del sacerdocio que contenían promesas de recuperación. Cuando falleció, ella y otros se esforzaron por reconciliar su muerte con su fe y con las numerosas promesas de sanación declaradas mediante el sacerdocio. Con el tiempo, todos aprendimos de esta experiencia.

Al leer las cartas que mi madre escribió durante la última enfermedad de mi padre, me he recordado de sus luchas. En el primer mes de la hospitalización de mi padre, ella le escribió desde Twin Falls, Idaho: “¡Serás sanado si tu fe es lo suficientemente grande! ... La recuperación depende de nuestra fe... La bendición es nuestra si tenemos la fe y la pedimos”.

Una semana después escribió: “Si nuestra fe es lo suficientemente grande, no hay bendición que Dios no pueda concedernos.”¹

Una y otra vez, destacados líderes del sacerdocio, incluido el presidente de la Misión de los Estados del Oeste en Denver y un miembro visitante del Quórum de los Doce Apóstoles, fueron al lecho de mi padre y le dieron bendiciones del sacerdocio que contenían promesas de sanación. Cada uno de estos líderes reprendió la enfermedad y mandó que mi padre fuera sanado por completo. Las bendiciones pronunciadas por otros hicieron lo mismo. Dos años antes, cuando mis padres se preparaban para partir hacia Europa para los estudios médicos adicionales de mi padre, buscaron una bendición de un miembro del Quórum de los Doce. Él les dijo que llegaría el momento en que mi padre “sanaría a miles”. Esa promesa también había sostenido a mis padres durante la enfermedad de mi padre y, posteriormente, aumentó la consternación de mi madre tras su muerte.

Finalmente, diez días antes de que mi padre muriera, los médicos informaron a mi madre, que se encontraba entonces en Denver, que ya habían hecho todo lo posible y que la enfermedad pronto acabaría con la vida de su esposo. Aturdida por el impacto, aun así escribió al obispo de su barrio en Twin Falls, Idaho, que “una gran paz” había venido a ella y que “también estoy lista para decir: ‘hágase tu voluntad.’” Su aceptación y su sanación habían comenzado, pero sus preguntas permanecían.

La respuesta se dio en el funeral de mi padre por el presidente J. W. Richins, de la Estaca de Twin Falls, en cuyo sumo consejo mi padre había servido. Este líder inspirado declaró:

“Se hizo todo lo que se podía hacer médica y espiritualmente... y en oración por él. Sin duda, la oración más ferviente y sincera que jamás se haya ofrecido fue la que el Maestro ofreció mientras estaba en el Jardín de Getsemaní y oró con gran empeño a Su Padre: ‘Que pase de mí esta copa’ ...

pero concluyó con estas palabras: ‘no se haga mi voluntad, sino la tuya.’ Así fue con el mismo Salvador. Su oración no fue contestada porque no era la voluntad del Señor, y así nuestras oraciones no han sido contestadas como las pedimos... por la recuperación de [Lloyd], pero siempre hemos dicho: ‘hágase tu voluntad.’”²

Gradualmente, este gran principio se asentó en el alma de mi madre, sanando las heridas que había sentido por la fe y las promesas no cumplidas.

Años más tarde, en dos discursos dados en la conferencia general, resumí las lecciones que aprendí de esta experiencia.

En el primero, dije: “La fe, por fuerte que sea, no puede producir un resultado contrario a la voluntad de Aquel de quien proviene el poder. El ejercicio de la fe en el Señor Jesucristo está siempre sujeto al orden celestial, a la bondad, voluntad, sabiduría y al tiempo del Señor.”³

En el segundo, dije: “Ni siquiera los siervos del Señor, al ejercer Su poder divino en una circunstancia en la que hay suficiente fe para ser sanado, pueden dar una bendición del sacerdocio que haga que una persona sea sanada si esa sanación no es la voluntad del Señor.”⁴

Ni la fe ni el poder del sacerdocio pueden invocar una bendición que sea contraria a la voluntad del Señor.

1. Estas cartas fueron copiadas de Evelyn Oaks Moody, “The Wonder and the Anguish”, capítulo 9 en *Lloyd E. Oaks, MD*, editado por Amy Oaks Long (publicación privada, 2008), p. 220.
2. *Ibid.*, p. 233.
3. “Faith in the Lord Jesus Christ,” *Ensign*, mayo de 1994, p. 100.
4. “Healing the Sick,” *Ensign*, mayo de 2010, p. 50.

Capítulo 3

Recuperación

Aprendí, por experiencias personales inolvidables, que no importa cuán lejos haya caído una persona, siempre existe la posibilidad de que, con ayuda, pueda recuperarse y avanzar hacia cosas mejores.

Para mí, los dos años que siguieron a la muerte de mi padre en junio de 1940 fueron turbulentos y terribles. Primero perdí a mi padre. Luego, seis meses después, también perdí a mi madre por casi un año.

En enero de 1941, ansiosa por capacitarse para poder ganarse la vida y mantener a sus tres hijos, mi madre nos dejó en Utah con sus padres y viajó a la ciudad de Nueva York para cursar una maestría en la Universidad de Columbia. Esto resultó ser demasiado pronto. La soledad derivada de esta separación familiar tan poco tiempo después de la pérdida de su esposo, combinada con las exigencias del estudio de posgrado, la sobrepasó hasta el punto de quebrarla emocionalmente. En mayo de 1941 sufrió lo que entonces se llamaba una crisis nerviosa, que requirió supervisión médica lejos de su familia durante muchos meses. Con fe, bendiciones del sacerdocio y el amoroso apoyo de su familia, pudo recuperar su capacidad de trabajar y cuidar de sus hijos sin ayuda en agosto de 1942. Su fortaleza espiritual y emocional se sintió durante los treinta y siete años restantes de su vida, en su liderazgo y servicio en muchos cargos profesionales, cívicos y de la Iglesia.



Stella H. Oaks y sus hijos: Dallin, Merrill y Evelyn, 1942

A pesar del tierno cuidado de mis amorosos abuelos, mis años de tercer y cuarto grado en la escuela —cuando tenía entre ocho y diez años— fueron terriblemente infelices para mí. Viajaba en un autobús escolar desde la granja, dos millas al sur de Payson, Utah. Los pocos niños de primaria que íbamos en ese autobús de secundaria éramos zarandeados y acosados. Recuerdo no sentir ninguna afinidad con esos compañeros de viaje y ser lanzado de un lado a otro como un muñeco de trapo. Como el autobús se detenía en la escuela secundaria, tenía que caminar —por lo general solo— alrededor de una milla más hasta la escuela primaria Peteetneet. Si me demoraba en regresar al autobús después de clases, ya se había ido, y tenía que caminar las dos millas adicionales hasta casa.

No me agradaba mi maestro de cuarto grado, un hombre mayor y agobiado que, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, fue retenido para enseñar tres filas de alumnos de quinto grado y dos filas de cuarto. Mi recuerdo más vívido de aquel año es el de pasar

nuestros exámenes de aritmética hacia adelante para ser calificados públicamente, y cómo los resultados anunciados solían situarme al final de la clase. En un ejercicio de veinte problemas, normalmente tenía quince o dieciséis respuestas incorrectas. Yo sabía que era el chico más tonto del aula. Recuerdo una ocasión en que algunos compañeros me lanzaron bolas de nieve y me llamaron estúpido.

En agosto de 1942, con mi madre ya mucho mejor, nuestra pequeña familia estaba lista para funcionar sin ayuda, y nos mudamos a Vernal, Utah, donde mi madre había conseguido un puesto de maestra en la escuela secundaria Uintah High School. Allí fui bendecido con un hogar estable y un ambiente familiar bajo la guía de mi maravillosa madre. También fui bendecido con una excelente maestra de quinto grado, la señorita Pearl Schaefer, quien era madura y amorosa. Gracias a una sabia combinación de confianza y desafío, ella me devolvió al camino del aprendizaje y me regaló muchos recuerdos felices.

Estas experiencias me enseñaron de primera mano que, cuando una persona no tiene un buen desempeño, hay muchas razones posibles, algunas fuera de su control. Estoy eternamente agradecido por una madre maravillosa y una maestra sabia y amorosa. Su fe en mí me animó a pensar que podría llegar a ser alguien, como solíamos decir en aquellos días.

Con amor y oportunidad, todo niño y todo adulto pueden recuperarse.

Todos los que comprendan esto y tengan la capacidad de ayudar a otros, deben hacerlo en la medida de sus posibilidades.

Capítulo 4

Enseñanzas del templo

Las charlas académicas más significativas que escuché durante mi servicio en la Universidad Brigham Young tenían una característica en común. En lugar de ofrecer nuevos datos o defender una posición particular, como suelen hacerlo muchas conferencias, las más importantes presentaban ideas que cambiaban la forma de pensar de quienes las escuchaban.

Las ideas más poderosas que han influido en mi vida son aquellas que me ayudaron a identificar quién soy y cuál es el propósito de mi vida. Aprendidas en la niñez y en la juventud temprana, estas ideas poderosas incluyen: “Soy un hijo de un Padre Celestial amoroso”, “Viví como espíritu antes de nacer en la tierra y viviré nuevamente como ser resucitado después de la muerte”, “mi Salvador, Jesucristo, me salva de la muerte y del pecado”, y “nuestra familia puede estar junta para siempre.”

El templo y sus enseñanzas están en el centro de todas estas ideas poderosas. En un recuerdo navideño que escribí para *Church News*, describí una lección temprana sobre este tema:

“Cuando tenía doce años y servía como diácono, me complacía acompañar al obispo a entregar canastas navideñas a las viudas de nuestro barrio en Vernal, Utah. El asiento trasero de su automóvil estaba lleno de canastas con toronjas y naranjas. Era durante la Segunda Guerra Mundial, cuando las toronjas y las naranjas eran escasas, así que eran un verdadero deleite. El obispo esperaba en el auto mientras yo llevaba una canasta a cada puerta y decía: ‘El

obispo me pidió que le entregara esta canasta navideña de parte del barrio.'

"Cuando habíamos entregado todas las canastas excepto una, el obispo me llevó a casa. Allí me entregó la última canasta y dijo: 'Esta es para tu madre.' Antes de que pudiera responder, se marchó en su automóvil...

"Me quedé frente a nuestra casa, con los copos de nieve cayendo sobre mi rostro, sosteniendo la canasta y preguntándome. Habíamos estado entregando canastas a viudas, pero nunca había pensado en mi madre como una viuda. Nunca la había oído referirse a sí misma como viuda. Me pregunté por qué alguien pensaría que mi madre lo era.

"Esa experiencia navideña fue formativa en mi comprensión de la familia eterna y en mi aprecio por la fe de mi madre. Ella siempre nos enseñó que teníamos un padre y que ella tenía un esposo, y que siempre seríamos una familia gracias a su matrimonio en el templo."¹

He sido bendecido con otras ideas poderosas sobre el templo. Cuando fui por primera vez a renovar mi recomendación para el templo, mi obispo, Chauncey C. Riddle (profesor en la BYU), me enseñó este principio: "Todo lo que ocurre en el templo encaja en una de tres categorías," dijo él, "(1) enseñanzas, (2) convenios y (3) bendiciones prometidas." Aquella maravillosa enseñanza a un joven esposo fue una idea poderosa que guió permanentemente mi manera de pensar sobre la experiencia del templo que llamamos investidura.

Muchos años después leí otra idea poderosa sobre la parte de los convenios en la experiencia del templo. El Dr. John A. Widtsoe, entonces profesor y posteriormente miembro del Cuórum de los Doce Apóstoles, pronunció estas palabras en una conferencia en 1920 en el Salón de Asambleas de la Manzana del Templo:

“Muchos jóvenes objetan la obra del templo porque, dicen, ‘debemos hacer convenios y promesas, y no nos gusta estar atados; queremos plena libertad.’ Esta objeción surge de un malentendido del significado de los convenios. El conocimiento se vuelve útil solo cuando se aplica; el convenio hecho en el templo, o en otro lugar, si es del tipo correcto, no es más que una promesa de dar vida al conocimiento, haciendo que este sea útil y provechoso en el progreso diario del hombre. La obra del templo, o cualquier otra obra, no tendría significado si no estuviera acompañada de convenios. Consistiría simplemente en fragmentos de información decorativa; el convenio da vida a la verdad y hace posibles las bendiciones que recompensan a todos aquellos que usan correctamente el conocimiento.”²

Al combinar esa idea con la enseñanza de mi obispo, aprendí a pensar en la ceremonia del templo en tres partes: (1) se nos enseña, (2) hacemos convenios sobre cómo usaremos el conocimiento y otros dones que Dios nos ha dado, y (3) se nos prometen bendiciones si lo hacemos. Estas ideas poderosas han enriquecido mi vida personal e influido en mi enseñanza a los demás.

Las ideas poderosas, como las que se enseñan en el templo, cambian nuestra manera de pensar y nuestras acciones.

1. “Christmas Memory,” *Church News*, 11 de diciembre de 2010.
2. John A. Widtsoe, “Temple Worship,” *Utah Genealogical and Historical Magazine* 12 (1921): 61.

Capítulo 5

La influencia de las historias familiares

He sido profundamente influenciado por las historias de mis antepasados pioneros, sintiendo con fuerza el deber de emular sus grandes cualidades. Aquí comparto dos ejemplos que ilustran la importancia de seguir obedientemente al profeta y la importancia de tener hijos y enseñarles la honestidad.

I.

Durante los dos años de mi niñez en que viví con mis abuelos y durante los cinco veranos siguientes en que trabajé en su granja, mi abuela me llenó de historias sobre sus antepasados pioneros, personas a quienes ella había conocido durante su infancia en Castle Dale, Utah. Cuando tenía seis años y medio, su padre, Abinadi Olsen, recibió un llamamiento misional de “Box B” en Salt Lake City. Fue llamado a predicar y enseñar en las islas Samoa, un lugar tan desconocido y tan distante de Castle Dale que su madre pionera le tejió varios pares de gruesos calcetines de lana para usar en su misión. En enero de 1895, Abinadi partió obedientemente, dejando a su esposa y a sus cuatro hijos, siendo mi abuela la mayor de ellos. Durante su ausencia de tres años y medio, su fiel esposa, Hannah — la madre de mi abuela — trabajó como conserje de escuela, limpiadora de casas y modista para sostener a su esposo y a su familia.

La alegre obediencia de Hannah al llamado de un profeta era innata. Sus padres, Orange y Hanna Olsson Seely, habían hecho lo mismo. En

1877 estaban felizmente establecidos en Mount Pleasant, Utah, donde Orange servía como obispo y donde su arduo trabajo les había permitido tener lo que Hanna más tarde describió como la mejor casa de Mount Pleasant. Entonces el presidente Brigham Young hizo un llamado a los líderes para que cruzaran las montañas hacia el este y colonizaran lo que hoy es el condado de Emery, en aquel tiempo un paraje árido y poco prometedor. Obedientemente, Orange y un grupo pionero partieron hacia las montañas en octubre de 1877.¹ Dos años más tarde, Orange trasladó a Hanna y a sus siete hijos — entonces de uno a dieciséis años —, construyendo su propio camino para la carreta mientras subían con esfuerzo por el empinado cañón. Pasaron su primer año en una cabaña de una sola habitación con piso de tierra. Muchos años después, hacia el final de su larga vida, Hanna escribió:



Orange y Hanna Seely, alrededor de 1894

“La primera vez que maldije fue cuando llegamos aquí. Dije: ‘Maldito sea el hombre que traería a una mujer a un país tan olvidado por Dios.’”²

Algunos podrían preguntarse por qué considero esas palabras tan edificantes para la fe. Para mí, hablan de una tatarabuela que no

negó sus emociones humanas muy reales, pero que, aun así, siguió adelante en obediencia para hacer lo que se le había llamado a hacer. Ella y su esposo, quienes prestaron un largo y honorable servicio en la Iglesia, la comunidad y la legislatura estatal, son grandes ejemplos de los frutos de la obediencia a la dirección del sacerdocio.

II.

Mi padre fue uno de dieciséis hijos criados en la pobreza en una granja familiar cerca de Vernal, Utah. Sus padres eran descendientes de los primeros pioneros. Su madre era fiel y espiritual. Su padre trabajó con valentía para sostener a su numerosa familia. No tenía mucha inclinación por la actividad en la Iglesia, pero poseía un gran sentido de responsabilidad comunitaria y era extremadamente estricto en cuanto a la honestidad.

Cuando un primo y yo escribimos la historia de nuestros abuelos hace veinticinco años, concluimos con estas palabras, que describen algunos logros y valores familiares que me han influido profundamente:

“Las generaciones siguientes han seguido las mejores tradiciones de Janett y William [Oaks]. Al 1 de enero de 1987, sus descendientes (además de sus 16 hijos) eran 48 nietos, 185 bisnietos y 112 tataranietos, para un total de 361 descendientes. . . . William y Janett difícilmente habrían soñado con una posteridad así cuando comenzaron su vida matrimonial 96 años antes. Al contemplar su familia desde una perspectiva eterna, estos descendientes pueden ver que la fe, la libertad y la prosperidad que bendicen sus vidas tienen sus raíces en las luchas, pruebas y triunfos de los antepasados registrados en este libro.”³

Concluimos citando este resumen escrito décadas antes por su hijo mayor (nuestro tío), el Dr. L. Weston Oaks:

“Criar a su familia de catorce hijos [dos más habían muerto en la infancia] fue el mayor logro de William y Janett Oaks, y del que más orgullosos se sentían. Ninguno de los dos tenía un anhelo particular por la riqueza material, salvo en la medida en que pudiera ayudarlos en la labor terrenal de la responsabilidad paterna. En su opinión, era mucho más importante que cada uno de sus hijos creciera siendo reconocido por su honestidad e integridad, que el que alguno de ellos lograra destacarse en el mundo. Ambos trabajaron sin cesar todos los días de su vida y enseñaron a sus hijos a amar el trabajo.”⁴

Cuando las personas y las familias buscan las acciones y palabras inspiradoras de sus antepasados, reciben fortaleza y dirección para sus propias vidas.

1. Andrew Jenson, *Encyclopedic History of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints* (Salt Lake City: Deseret News Publishing Company, 1941), 226–27.
2. Hanna Olsson Seely, historia personal manuscrita de una sola página, sin fecha; copia en posesión del autor.
3. Linda M. Dursteler y Dallin H. Oaks, *The William Hyrum Oaks and Janett Bethers Family* (publicación privada, 1987), 187–88.
4. *Ibid.*, 188.

Honra el día de reposo

Para mí, el principio de no hacer trabajo escolar en el día de reposo llegó tarde, pero lo aprendí a tiempo para calificar para sus ricas bendiciones durante la escuela de derecho.

Durante la secundaria y la universidad trabajé en una estación de radio que transmitía dieciocho horas al día, siete días a la semana. Yo trabajaba rutinariamente en el día de reposo. Cuando partí hacia la escuela de derecho —un enorme nuevo desafío en mi vida—, mi madre me recordó que durante la escuela de medicina en Filadelfia mi padre nunca estudiaba en domingo. Él sentía que podía lograr más en seis días con la ayuda del Señor que en siete días sin ella. Creía que, al abstenerse de estudiar en el día de reposo —incluso en los desafíos difíciles de la escuela de medicina—, recibiría las bendiciones del Señor.

Ese poderoso ejemplo paternal, comunicado en el momento justo, me impulsó a hacer lo mismo. El estudio era mi trabajo, y el Señor nos había mandado trabajar durante seis días y descansar el séptimo. Seguí el ejemplo de mi padre y la dulce enseñanza de mi madre, y también fui bendecido por ello.

Mi observancia del día de reposo me condujo a conversaciones valiosas sobre este principio. Yo formaba parte de un grupo de estudio con un compañero judío ortodoxo. Una tarde de viernes, me dijo que debía irse para alcanzar el tren antes de que comenzara el día de reposo (Shabat) al ponerse el sol. Caminé con él hasta la estación del tren, continuando nuestras conversaciones de estudio en el camino. Al acercarnos a la estación, nuestra conversación se

dirigió al tema del día de reposo. Expresé mi admiración por su fiel observancia del día santo y comenté que yo tampoco estudiaba en el día de reposo. Él respondió: "Oh, yo sí estudio en el día de reposo, pero mi estudio no es tan eficaz como en los demás días porque no puedo usar mi lápiz para subrayar." Me explicó que el lápiz era una herramienta, y que él no podía usar herramientas en el día de reposo.

Reflexioné sobre el contraste entre nuestras observancias del día de reposo. Él seguía un conjunto de reglas que prescribían lo que no podía hacer. Yo trataba de seguir un conjunto de principios. Creía que debía trabajar arduamente durante seis días en mi labor —que era estudiar leyes— y, por tanto, debía abstenerme de ese tipo de trabajo en el día de reposo.

Para que no parezca que critico las prácticas sabáticas de mi amigo, debo añadir que, a medida que he aprendido más sobre las actividades de los judíos observantes en el día de reposo, he llegado a la conclusión de que sus prácticas son, en varios aspectos, superiores a las mías y a las de muchos otros Santos de los Últimos Días. Para ellos, el día de reposo no se centra tanto en las prohibiciones como en recordar y adorar a Dios y regocijarse en Sus bendiciones para Su pueblo. La familia se reúne. Pueden asistir a la sinagoga, pero las demás actividades sabáticas se centran en la unión familiar, incluyendo a los padres que invocan bendiciones sobre sus hijos. Un prominente rabino ha dado esta descripción:

"La familia judía tiene un propósito sagrado que va más allá de sí misma e incluso más allá del ámbito social. Su propósito es santificar, mediante la vivencia de la Palabra y el Camino de Dios, todos los aspectos de la vida. . . . La familia es la institución central de la vida judía, en torno a la cual gira la observancia religiosa diaria, semanal y anual. . . .

“En consecuencia, se reserva un día completo para concentrarse no solo en la familia y la comunidad, sino también en el redescubrimiento del ser interior, del alma humana y de su relación con Dios y con Su Creación en su conjunto. En el hogar judío tradicionalmente observante, las intrusiones del entretenimiento moderno y el consumismo son contenidas durante un día completo a la semana, inculcando un sentido de perspectiva, proporción y escala de valores morales. Además, en muchos hogares modernos, la oportunidad de que la familia simplemente se reúna en celebración —y más aún, que participe en devoción religiosa, conversación y canto— se ha vuelto excepcionalmente rara. En la familia judía tradicional, esto es un acontecimiento semanal: un día entero dedicado a esa devoción, fortaleciendo los lazos familiares y fomentando un sistema de valores religioso-ético y una visión del mundo.”¹

El día de reposo fue dado como una señal entre el Dios de Israel y Su pueblo. Vino acompañado de una promesa. Podemos ser dignos de las bendiciones prometidas y recibir ayuda para resistir las influencias corruptoras del mundo mediante una observancia apropiada del día de reposo.

“Si retraes del día de reposo tu pie,
de hacer tu voluntad en mi día santo,
y lo llamas delicia, santo, glorioso de Jehová;
y lo venerares, no andando en tus propios caminos,
ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras,

“entonces te deleitarás en Jehová;
y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra,
y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre;
porque la boca de Jehová lo ha hablado.”

(Isaías 58:13–14)

1. David Rosen, “The Family in Judaism: Past, Present and Future, Fears and Hopes,” 6–10, www.rabbidavidrosen.net.
El rabino Rosen fue director internacional de Asuntos Interreligiosos del *American Jewish Committee*.

Capítulo 7

Humildad

He tenido que aprender dos lecciones sobre la humildad: primero, qué es, y segundo, cómo buscarla y conservarla.

La humildad es, esencialmente, la conciencia de las propias limitaciones personales. Por lo tanto, es un catalizador del aprendizaje. Es lo opuesto al orgullo. Mi ilustración favorita de esta verdad es la descripción en el diario de Benjamín Franklin sobre su intento de superar su tendencia natural al orgullo adquiriendo la virtud de la humildad. Después de grandes esfuerzos, concluyó que “quizá no haya ninguna de nuestras pasiones naturales tan difícil de dominar como el orgullo”. Y añadió: “pues, incluso si pudiera concebir que lo he vencido por completo, probablemente me sentiría orgulloso de mi humildad.”¹

Si somos mansos y humildes para recibir corrección y consejo, podemos ser guiados a poner nuestras fortalezas en perspectiva y a utilizarlas para el beneficio de los demás, en lugar de buscar la autoexaltación orgullosa. “Sé humilde”, ha dicho el Señor, “y el Señor tu Dios te llevará de la mano y responderá a tus oraciones” (Doctrina y Convenios 112:10).

En cuanto a la práctica de la humildad como contrapeso natural del orgullo, he tenido distintos desafíos en diferentes etapas de mi vida.

Cuando era adolescente, veía las cosas que me rodeaban principalmente en términos de lo que significaban para mí. Pensaba que todo giraba en torno a mí, para usar una expresión acertada que aprendí más tarde. Consideraba los eventos escolares, las actividades deportivas y otras, así como las responsabilidades familiares y de la

Iglesia, principalmente en función de su impacto personal en mí. Deseaba recibir elogios. Al leer ahora algunas de las cosas que escribí en esa época —hace más de sesenta años—, me doy cuenta de que tenía una visión egoísta de mí mismo en el mundo y muy poca humildad.

La humildad puede aprenderse, y el matrimonio y los hijos son grandes maestros. Los llamamientos en la Iglesia también lo son. De adulto joven, comencé a ver a los demás y al mundo que me rodeaba en función de lo que podía dar, en lugar de lo que podía obtener. El egoísmo retrocedió, y la humildad echó raíces.

Como estudiante y luego como profesor universitario, experimenté el hecho de que el proceso educativo —especialmente en el nivel universitario y de posgrado— hace que uno tome conciencia de todo lo que no sabe, lo cual fomenta la humildad. Pero la adquisición del conocimiento y su certificación (títulos, grados, etc.) traen consigo reconocimiento y sentimientos de autosuficiencia que pronto actúan en contra de la humildad mediante la cual se adquirieron. Una poderosa escritura describe ese resultado:

“Cuando se instruyen, piensan que son sabios, y no escuchan el consejo de Dios, porque lo desechan, suponiendo que saben por sí mismos; por tanto, su sabiduría es necedad y de nada les sirve” (2 Nefi 9:28).

He sido profundamente influenciado por esa enseñanza, y también consolado por el versículo siguiente:

“Pero es bueno ser instruido, si hacen caso a los consejos de Dios” (2 Nefi 9:29).

He tenido el privilegio de aprender de la humildad de muchos Santos de los Últimos Días bien educados y humildes. Durante la mayor parte de mi servicio en la Universidad Brigham Young, también fui bendecido con la estrecha asociación del presidente Spencer W.

Kimball. La actitud modesta y la tierna cercanía de este hombre extraordinario lo convirtieron en un gran modelo de humildad.

Los llamamientos en la Iglesia, especialmente aquellos muy visibles, presentan nuevos desafíos para buscar y mantener la humildad. En su encargo dirigido a los miembros recién llamados del Cuórum de los Doce, Oliver Cowdery incluyó esta advertencia:

“Por lo tanto, os advierto que cultivéis gran humildad; porque conozco el orgullo del corazón humano. Cuidaos, no sea que los aduladores del mundo os ensalcen; cuidaos, no sea que vuestros afectos sean cautivados por los objetos mundanos.”²

De manera similar, en un sermón de 1839, el profeta José Smith dio esta advertencia a los Doce:

“Que los Doce y todos los Santos... sean humildes, y no se ensalcen, y cuídense del orgullo, y no procuren sobresalir unos sobre otros, sino que actúen para el bien de los demás, oren unos por otros y honren a su hermano.”³

En mi posición actual, mi mayor incentivo para la humildad es ver a otros Autoridades Generales hacer muchas cosas —como dar discursos en la conferencia general o ofrecer consejo sobre asuntos que se están tratando— con mucha mayor habilidad y sabiduría de la que yo podría tener.

Cada uno de nosotros posee fortalezas personales que pueden disminuir nuestra humildad. Si nos complacemos en la autocomplacencia por esas fortalezas, perdemos la protección que brinda la humildad y quedamos vulnerables a que Satanás use nuestras fortalezas para causar nuestra caída.⁴ En cambio, si somos humildes y enseñables, atentos a los mandamientos de Dios, al consejo de Sus líderes y a las impresiones de Su Espíritu, podemos ser guiados para usar nuestros dones espirituales, nuestros logros y todas nuestras demás fortalezas para el bien y la rectitud.

Debemos estar vigilantes para evitar que el orgullo en nuestros logros académicos, nuestras posiciones profesionales o eclesiásticas, u otras fortalezas personales, debilite la humildad que necesitamos para seguir aprendiendo y progresando.

1. *Autobiography of Benjamin Franklin*, editado por John Bigelow (Filadelfia: J. B. Lippincott & Co., 1869), 230.
2. José Smith, *History of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, editado por B. H. Roberts, 7 vols., 2^a ed. rev. (Salt Lake City: The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 1932–1951), 2:195.
3. José Smith, *Teachings of Presidents of the Church* (Salt Lake City: The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 2007), 344.
4. Véase Dallin H. Oaks, “Our Strengths Can Become Our Downfall,” *Ensign*, octubre de 1994, 11–19.

Capítulo 8

El desafío de la indiferencia

Lo que aprendí —y cuándo lo aprendí— sobre el desafío de la indiferencia en nuestro tiempo se evidencia en una carta que escribí en enero de 1956. Entonces, con veinticuatro años, estaba a la mitad de mis estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago. Mi hermano menor, Merrill, estaba a punto de partir a la Misión Canadá Este. Lo que le escribí entonces muestra mi temprana conciencia de una condición que aún persiste hoy, más de cincuenta años después:

“Y ahora, si me lo permites, quiero decirte algo sobre lo que encontrarás en el campo misional. Hubo tiempos en que un misionero temía por su vida, y la predicación era una experiencia física agotadora. Ahora esos días son historia, y hoy el conflicto abierto contra la Iglesia ha desaparecido en gran medida. De hecho, vivimos en una era de buena disposición hacia la Iglesia. Pero ahí radica el gran desafío de nuestros días.

“Estamos ahora en un período de conflicto con la indiferencia, que en muchos sentidos es un enemigo mucho más peligroso que la hostilidad abierta. Podría decirse que ahora estamos en una guerra fría con Satanás, un tiempo en el que él ha suspendido la oposición activa al evangelio y la ha sustituido por la indiferencia, la indiferencia hacia la necesidad de la única Iglesia verdadera. Te encontrarás con esa indiferencia en el campo misional.

“Pero también cuídate de la indiferencia entre los nuestros. En esta época de buena disposición hacia nuestra Iglesia, rara vez se nos llama a defenderla. Tendemos a volvemos conformistas y engréidos —a sentirnos orgullosos únicamente del aprecio en que nos tienen

quienes nos rodean—. Nuestros músculos espirituales se debilitan y olvidamos que nuestra posesión más valiosa, nuestro testimonio, no se obtiene ni se conserva mediante la inactividad. Los indiferentes entre nosotros pronto lo pierden.”



Dallin y Merrill Oaks, 1955

“Ahí, entonces, está el verdadero desafío de hoy: para nosotros mismos, conservar nuestros testimonios; para el misionero, vencer la indiferencia.

“Permíteme darte un ejemplo de lo que encontrarás. Mi amigo protestante siente gran aprecio por nuestra Iglesia. Piensa que es maravillosa. Está dispuesto a escucharme explicarla con todo detalle. ¿Y por qué no? Él cree que *todas* las iglesias son verdaderas. ¡Todos tienen razón! En cuanto a nuestras ordenanzas, el plan de bienestar, la obra por los muertos, y todo lo demás, le parecen bien —

innecesarios, un esfuerzo desperdiciado, pero inofensivos, así que está bien—. Su iglesia, por clasificación, es cristiana, pero niegan la divinidad de Cristo y niegan Su resurrección.

“Dice que no puede creer que una sola iglesia sea verdadera. Hay tantas. ¿Cómo puede una iglesia —de hecho, cómo puede el cristianismo— ser tan presuntuoso como para pensar que solo ellos tienen toda la verdad? Todos deben tener razón, razona él, así que seamos indiferentes hacia todas. Realmente no importa a qué iglesia pertenezcas. Todos somos una gran familia, y el cielo es el lugar al que vas cuando mueres.

“Te encontrarás con estos seudo-cristianos, estas personas que siguen Su nombre y niegan Su existencia. No se opondrán a ti; no necesitan hacerlo, porque dentro de sus creencias tú eres una persona bien intencionada. Pero su resistencia al evangelio es real. El conflicto con Satanás continúa, pero es una guerra fría, donde el oponente es indiferente en lugar de hostil.

“En tiempos así tenemos más necesidad que nunca de acercarnos al Señor. Debemos ser diligentes en Su servicio, valientes al guardar Sus mandamientos y receptivos a las impresiones de Su Espíritu. Debemos buscar y cultivar activamente nuestros testimonios, cuidándonos siempre de la indiferencia hacia Dios, que es la maldición de nuestros días.”

Vivimos en una época de indiferencia hacia Dios y la religión; por lo tanto, debemos nutrir nuestros propios testimonios y los de los demás.

Separar el respeto, el afecto y las políticas

Al inicio de mi carrera como abogado, aprendí que era importante separar mi respeto por el cargo que una persona ocupa del afecto que tengo (o no tengo) por ella como individuo, y del apoyo o falta de apoyo que siento hacia sus acciones o políticas. Esta distinción me ha resultado valiosa en muchas funciones diferentes.

Cuando me gradué de la facultad de derecho, tuve la bendición de servir durante un año como asistente jurídico (secretario legal) del juez presidente Earl Warren. Este hombre no era solo el presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos; era el *Presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos*, quien presidía uno de los tres poderes de nuestro gobierno. Sentía un profundo respeto por el cargo que ocupaba. Y tenía un afecto genuino por Earl Warren como persona. Era un gran ser humano: fiel a su familia, leal a su país, considerado con sus compañeros de trabajo y siempre dispuesto a ayudar a los más necesitados. Pero no compartía algunos aspectos de su filosofía constitucional y legal, y discrepaba de muchas de sus decisiones judiciales.

No permití que mis desacuerdos con sus políticas interfirieran con mis responsabilidades oficiales, que consistían en ayudar a mi jefe en su trabajo. Tampoco permití que esas diferencias afectaran mi relación personal afectuosa con “el Juez Presidente”, como los tres asistentes legales lo llamábamos siempre. A medida que cada uno de nosotros expresaba nuestras discrepancias con él (y él nos animaba a hacerlo), siempre recordábamos que era *él*, y no nosotros, quien había sido nombrado por el Presidente y confirmado por el Senado. El respeto por el cargo siempre prevalecía sobre nuestras opiniones personales acerca de los casos que teníamos ante nosotros.



Con el juez presidente Earl Warren, 1958

Todo abogado debe aprender a hacer esta distinción, y sería útil que otras personas también lo entendieran. No tenemos que estar de acuerdo con las acciones o políticas de un cliente, un empleador o un supervisor, y podemos o no sentir afecto por esa persona. Pero respetamos su posición y ajustamos nuestras acciones en consecuencia. (Por supuesto, esto no aplicaría si se nos ordenara hacer algo inmoral o ilegal).

Esta separación entre respeto personal y afecto, y acuerdo o desacuerdo con las políticas, fue indispensable más tarde, cuando serví como juez en la Corte Suprema de Utah. Aunque teníamos diferencias en cuanto a nuestras interpretaciones de la ley y su aplicación en casos concretos, los cinco jueces siempre respetábamos las posiciones de los demás. Y teníamos distintos niveles de afecto personal entre nosotros. Todos esos sentimientos debían separarse para poder avanzar en nuestro trabajo.

Este tipo de separación debe hacerse en muchas actividades de la vida. En mi caso, incluso se aplica a las decisiones que tomo al votar por candidatos políticos. A veces siento afinidad con las políticas de personas por las que tengo poco afecto, y a veces siento afecto por quienes tienen políticas con las que apenas concuerdo. Siempre procuro recordar que no debemos albergar hostilidad hacia quienes discrepan con nosotros en política o principios, ni rechazarlos. De manera similar, cuando somos nosotros quienes tomamos decisiones, debemos recordar el consejo del profeta José Smith de que “debe haber decisión de carácter, aparte de la simpatía.”¹

Debemos separar el respeto por el cargo que alguien ocupa del afecto personal que sentimos hacia esa persona y del acuerdo o desacuerdo con sus políticas. Tenemos mucho que aprender, incluso de nuestros adversarios, y estamos bajo el mandato del Maestro de amarnos los unos a los otros.

1. José Smith, *History of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, editado por B. H. Roberts, 7 vols., 2.^a ed. rev. (Salt Lake City: The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 1932–1951), 4:570.

La ley es un instrumento tosco

He aprendido, y lo he confirmado por observación y experiencia personal, que las leyes promulgadas por los gobiernos suelen ser instrumentos toscos que deben utilizarse para la corrección solo cuando no exista otra alternativa viable.

El 30 de enero de 1969, una masiva manifestación estudiantil tomó el edificio administrativo de la Universidad de Chicago y lo ocupó durante quince días. Como presidente de la universidad, Edward H. Levi recibió una enorme presión para llamar a la policía y desalojar por la fuerza y procesar a los ocupantes, quienes estaban vandalizando el edificio y paralizando la universidad. En lugar de eso, anunció que la universidad se goberaría a sí misma. Nombró un comité disciplinario compuesto por nueve miembros del profesorado de diferentes áreas. Yo fui el presidente y el único abogado del comité.

Durante uno de los períodos más arduos de mi vida, nuestro comité llevó a cabo más de cien audiencias individuales en las que se trataron ciento cincuenta casos disciplinarios estudiantiles. Nuestras decisiones variaron desde la ausencia de sanción, hasta suspensiones de hasta seis semestres, e incluso expulsiones permanentes. Durante todo este acontecimiento, las autoridades universitarias no solicitaron la ayuda de la policía ni de los tribunales.

Después de que los estudiantes fueron persuadidos de abandonar el edificio, Levi emitió la siguiente declaración:

“La Universidad ha procurado durante todo este período... ejemplificar los valores por los cuales se rige... En un mundo de

considerable violencia, y uno en el que la violencia engendra más violencia, ha enfatizado el poder persuasivo de las ideas. Ha procurado —y la respuesta única del profesorado y de los estudiantes lo ha hecho posible— manejar sus propios asuntos de una manera coherente con sus ideales.”¹

Unos meses después, en respuesta a presiones políticas y a llamados de alto nivel para enjuiciar federalmente a los estudiantes involucrados en los numerosos disturbios universitarios de ese año, Arthur F. Burns, consejero del presidente Richard M. Nixon, solicitó recomendaciones de personas con experiencia en tales asuntos. Respondí con el siguiente resumen de lo que había aprendido sobre este tema:

“Mi consejo es que el gobierno federal y los funcionarios federales se mantengan al margen de esta controversia. Eviten el espectáculo de procesamientos federales contra estudiantes universitarios por actividades relacionadas con el campus. Y no sometan a las universidades a presiones para suspender la ayuda federal a ciertos estudiantes. No creen mártires ni obliguen a las universidades a crearlos. El movimiento se está debilitando, y proporcionarle mártires solo le daría nueva energía. Mantengan la atención en el enorme número de estudiantes y profesores indiferentes o no comprometidos. Dejen a las universidades el margen de acción necesario para ganar la lucha por su apoyo. Permitan que las universidades den a los estudiantes alborotadores suficiente tiempo y libertad para que su conducta escandalosa aleje a sus posibles simpatizantes.

“Dejen que la respuesta a los disturbios estudiantiles sea local. Permitan que las universidades, en cooperación con las agencias locales de cumplimiento de la ley si es necesario, manejen el problema. La gran ventaja de tratar una interrupción mediante disciplina universitaria es que, de este modo, la universidad puede

conservar la unidad y el apoyo de aquellas personas (equivocadas, en mi opinión, pero eso no viene al caso) que se alienarían con cualquier recurso a la fuerza externa para sofocar una revuelta. Y si llega el caso de usar la fuerza o recurrir a intervenciones externas, la policía local o las leyes locales serán menos divisivas que las leyes o el personal federal.

“...Por todos los medios, manténganse fuera del campus y no hagan que los administradores y profesores universitarios parezcan policías federales.”²

Este principio —expresado mediante las enseñanzas y el liderazgo de Levi— es un buen principio para toda persona y toda organización, especialmente aquellas dedicadas a la enseñanza. Debemos hacer nuestro propio trabajo y no pedir a la ley ni a otras organizaciones que lo hagan por nosotros.

Como sucedió, no se promulgó ninguna legislación federal, Edward H. Levi habló en mi investidura como presidente de la Universidad Brigham Young en 1971, y en 1975, cuando el país necesitó a un abogado de confianza para ayudar a limpiar el desastre conocido como *Watergate*, Edward H. Levi fue nombrado fiscal general de los Estados Unidos.

Las leyes promulgadas por los gobiernos suelen ser instrumentos toscos. Debemos hacer todo lo que podamos por nosotros mismos y mediante organizaciones privadas antes de buscar resolver los problemas mediante la ley o la acción gubernamental.

1. Citado en Mary Ruth Yoe, “Edward Hirsch Levi,” *University of Chicago Magazine*, abril de 2000.
2. Carta, mayo de 1969.

Puntos de inflexión en la vida

Hay momentos en toda vida en los que una decisión en un asunto aparentemente pequeño resulta tener consecuencias enormes. Así ocurrió con un llamamiento que recibí en la Estaca de Chicago en febrero de 1961.

Estaba progresando rápidamente como asociado en un gran bufete de abogados. Mis responsabilidades crecientes requerían que trabajara tres o cuatro noches por semana, regresando con frecuencia a nuestro hogar en los suburbios después de las 9:00 p.m. En esas circunstancias, el presidente John K. Edmunds, él mismo abogado, me llamó como misionero de estaca y consejero en la presidencia de la misión de estaca. Me explicó que este llamamiento requeriría cuarenta horas de proselitismo al mes, además de estudio del Evangelio y otras actividades, lo que en total exigiría por lo menos tres o cuatro noches por semana.

Si aceptaba este llamamiento, evidentemente tendría que hacer ajustes inmediatos en mi horario de trabajo. No veía cómo podría trabajar menos horas y, al mismo tiempo, cumplir con las exigencias de mi empleo. Sin embargo, no podía rechazar un llamamiento que sentía provenía del Señor, especialmente cuando llegaba a través de un líder que había ejercido una influencia tan poderosa en enseñarme principios rectos. Reuniendo toda mi fe, acepté el llamamiento.

Esa decisión fue un punto de inflexión en mi vida, el tipo de acontecimiento que Winston Churchill describió una vez como uno de esos “agudos puntos de ágata, sobre los cuales gira el pesado equilibrio del destino.”¹



June y Dallin Oaks con sus hijas Sharmon y Cheri, alrededor de 1956

Inmediatamente reduje el tiempo que dedicaba a mi trabajo en el bufete, omitiendo casi por completo el trabajo nocturno, ya que dedicaba ese tiempo a la actividad misional. Sin embargo, durante los dos años siguientes de mi servicio como misionero de estaca no sufrí ninguna reducción en mis logros ni en mi progreso dentro del bufete. De hecho, mi éxito en el trabajo y mi avance en la firma parecieron acelerarse en lugar de disminuir. En varias ocasiones, cuando tenía una cita misional por la tarde, recibía asignaciones

laborales de última hora que normalmente habrían requerido trabajo nocturno. Después de una oración ferviente, iba a la biblioteca del bufete y era inspirado sobre dónde buscar para completar mi investigación en tiempo récord, e incluso se me daban las palabras que debía incluir en el memorando. En dos años no tuve que cancelar ni una sola cita misional. Sentir que el Señor me engrandecía profesionalmente mientras procuraba servirle fortaleció mi compromiso de poner al Señor en primer lugar. Al hacerlo, aprendí que podía lograr más profesionalmente en parte de mi tiempo con Su ayuda que en todo mi tiempo sin ella.

Este patrón modificado de trabajo profesional me ayudó a prepararme para recibir y aceptar, en el verano de 1961, una oferta para convertirme en profesor en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago. Esto, a su vez, me preparó para mi nombramiento en 1971 como presidente de la Universidad Brigham Young y para todo lo que vendría después en mi vida.

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33).

1. Esta frase, una de mis favoritas, apareció por primera vez en un artículo de Churchill titulado “If Lee Had Not Won the Battle of Gettysburg,” *Scribner’s Magazine*, diciembre de 1930.

La sabiduría del mundo se somete a la revelación

Una de las lecciones más importantes que he aprendido sobre la relación entre la sabiduría del mundo y la voluntad del Señor ocurrió en 1963, cuando comenzaba mi servicio como segundo consejero en la presidencia de la nueva Estaca Chicago Sur.

En una de nuestras primeras reuniones de presidencia de estaca, nuestro presidente propuso construir nuestro nuevo centro de estaca en una ciudad determinada dentro de nuestra extensa estaca. Inmediatamente vi cuatro o cinco buenas razones por las cuales la ubicación propuesta era equivocada. Cuando se me pidió mi opinión, me opuse a la propuesta, exponiendo cada una de esas razones. El presidente de estaca, sabiamente, propuso que cada uno de nosotros considerara el asunto en oración durante otra semana y lo analizáramos nuevamente en nuestra siguiente reunión. Casi de manera rutinaria oré sobre el tema y, de inmediato, recibí una fuerte impresión de que estaba equivocado, de que estaba interponiéndome en el camino de la voluntad del Señor, y de que debía tomar mi sabiduría mundana y apartarme.

No hace falta decir que rápidamente di mi aprobación a la ubicación propuesta. Con el tiempo, la importancia de construir el centro de estaca en ese lugar se hizo evidente, incluso para mí. Mis razones en contra resultaron ser equivocadas, y pronto me sentí agradecido de haber sido impedido de confiar en ellas.

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice Jehová. Como son más altos los

cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos" (Isaías 55:8–9).

Preparándonos para lo que ha de venir

Todos nos estamos preparando para lo que ha de venir. Ese es el propósito de la vida mortal, y en una escala más pequeña y en un marco temporal más corto, ese también es el propósito de muchas de nuestras experiencias terrenales. He observado este hecho en mi propia vida.

Poco después de comenzar mi servicio en la Universidad Brigham Young en 1971, escribí estas palabras en mi historia personal:

“De vez en cuando, en los años posteriores a mi graduación de la facultad de derecho, comenté con June que sentía que el Señor me estaba preparando para algún servicio especial. A menudo, estos pensamientos y comentarios acompañaban algún logro o acontecimiento, como mi pasantía en la Corte Suprema, mi nombramiento como decano interino de la facultad de derecho, o mi experiencia en el comité disciplinario, donde parecía que se me otorgaban responsabilidades y se lograban resultados muy por encima de mi capacidad natural. A menudo le expresaba la idea de que, al darme tanto el Señor, seguramente esperaría algo a cambio, y yo esperaba tener la sabiduría para reconocer la oportunidad cuando llegara el llamamiento, y el valor para aceptarlo.”¹

Ese fue el pensamiento que expresé ante la Junta Directiva de BYU cuando me reuní con ellos el 4 de mayo de 1971, justo antes del anuncio de mi nombramiento como presidente. Sus actas registran lo siguiente:

“El Señor ha sido muy bueno conmigo en todo lo que he hecho. He recibido experiencias, llamamientos y favores especiales más allá de lo que merecía o para lo que estaba preparado en ese momento. Cuando los hermanos me llamaron a una entrevista, comencé a comprender para qué me había estado preparando el Señor.”

Años más tarde, poco después de mi llamamiento en abril de 1984 al Quórum de los Doce Apóstoles, repetí el mismo pensamiento en un discurso dirigido al cuerpo estudiantil de BYU:

“Al orar y meditar sobre el significado de este llamamiento, también me llené de gratitud al saber que nuestro Padre Celestial me llamaría a esta posición, donde puedo usar mi experiencia y dedicar todo mi tiempo y talentos por el resto de mi vida a Su servicio. He tenido una combinación inusual de experiencias profesionales y eclesiásticas. Durante muchos años he sentido un profundo sentido de mayordomía con respecto a esas experiencias. He estado convencido de que estaba siendo preparado para un servicio mayor. Muchas veces oré para que, cuando llegara el momento, pudiera reconocer la obra para la cual había sido preparado y pudiera ser un instrumento en las manos del Señor para llevarla a cabo. Ahora, con este llamamiento, mis oraciones han sido contestadas, mi rumbo ha quedado fijado para el resto de mi vida, y estoy agradecido.”²

Esa es la lección que he aprendido. Pero el principio es más importante que la persona. El principio de la preparación se aplica a todos. Somos hijos de un Padre Celestial que nos ha enviado a la tierra con la invitación de prepararnos para la vida eterna. Cada elección, cada experiencia, cada arrepentimiento y cada cambio nos prepara para lo que está por venir. Recordar esa verdad fundamental guiará nuestras decisiones e iluminará nuestra evaluación de dónde hemos estado y hacia dónde vamos.

Todos nos estamos preparando para lo que ha de venir.

1. *The First 39 Years* (publicación privada, 1980), 309.
2. “Counsel for Students,” en *Brigham Young University 1984–85 Devotional and Fireside Speeches* (Provo, Utah: Brigham Young University, 1985), 8.

Parte Dos

**La Universidad Brigham Young y la
Corte Suprema de Utah, 1971 a 1984**

Ciencia y religión

Las personas religiosas que se dedican a disciplinas científicas a veces se enfrentan con lo que parecen ser conflictos entre las enseñanzas respectivas de la ciencia y de la religión, y deben resolver cómo manejar esos conflictos aparentes. Otros, como yo en mi trayectoria en los campos de los negocios y el derecho, pueden sentirse menos afectados por ello. Para mí, ese distanciamiento terminó cuando fui nombrado presidente de la Universidad Brigham Young. Este nuevo cargo me exigió buscar, aprender y articular respuestas a preguntas que anteriormente había tenido el privilegio de ignorar.

Comencé con la verdad conocida de que la religión nos enseña por qué fue creado el hombre, mientras que la ciencia procura explicar cómo fue creado. También me ayudó la enseñanza del presidente J. Reuben Clark Jr., quien declaró que “las cosas del mundo natural no explicarán las cosas del mundo espiritual; que las cosas del mundo espiritual no pueden entenderse ni comprenderse por medio de las cosas del mundo natural; que no se puede racionalizar las cosas del Espíritu... porque la mente y la razón finitas no pueden comprender ni explicar la sabiduría infinita y la verdad suprema.”¹

Los colegios y universidades deben, por supuesto, enseñar ciencia —hechos y teorías—, pero los educadores de la Iglesia, como el profesorado de BYU, se abstienen de sustituir la ciencia por Dios y continúan basándose en las verdades de la religión. En el estudio de la ciencia, los maestros y estudiantes con fe religiosa tienen el desafío de definir la relación entre la ciencia y la religión en su pensamiento. Ellos gozan de la ventaja especial de ver incontables evidencias científicas del Creador Divino. En aquellas circunstancias

excepcionales en las que la ciencia y la religión parecen estar en conflicto, tienen la sabiduría de esperar pacientemente con la seguridad de que la verdad finalmente prevalecerá. Al hacerlo, la mayoría llega a la conclusión de que la religión no tiene las respuestas a todas las preguntas y que parte de lo que la ciencia “sabe” es tentativo y teórico, y con el tiempo será reemplazado por nuevos descubrimientos y nuevas teorías.



Con los presidentes Harold B. Lee, Joseph Fielding Smith y N. Eldon Tanner, y otros Autoridades Generales en la investidura del presidente de BYU, noviembre de 1971

Algunos intentan manejar los conflictos aparentes compartimentando la ciencia y la religión—poniendo una en una categoría, como de lunes a sábado, y la otra en otra categoría, como el domingo. Ese fue mi enfoque inicial, pero llegué a reconocer su insuficiencia. Se supone que debemos aprender tanto por la razón como por la revelación, y eso no sucede cuando compartimentamos la ciencia y la religión. Nuestras búsquedas deben estar disciplinadas

por la razón humana y también iluminadas por la revelación divina. Al final, la verdad tiene un solo contenido y una sola fuente, y abarca tanto la ciencia como la religión.

Cuando fui presidente de la Universidad Brigham Young, un estudiante me escribió para quejarse de que “no estamos utilizando las enseñanzas de los profetas... en nuestras aulas tanto como podríamos hacerlo”. Señaló la enseñanza en un departamento en particular como carente de equilibrio, criticando el prototipo de profesor que “tiene un doctorado en su disciplina académica y el equivalente a una educación del octavo grado en el evangelio.”² Lo contrario también es cierto: un conocimiento del evangelio a nivel de doctorado no basta si uno está mal preparado en su disciplina profesional.

Los Santos de los Últimos Días deben esforzarse por usar tanto la ciencia como la religión para ampliar el conocimiento y edificar la fe. Pero quienes lo hagan deben tener cuidado ante el riesgo considerable de que los esfuerzos por eliminar la separación entre la erudición científica y la fe religiosa solo promuevan un nivel deficiente de desempeño, en el cual la religión y la ciencia se diluyen mutuamente en lugar de fortalecerse.

Para algunos, el intento de combinar la razón y la fe puede producir una erudición irracional o una religión falsa, condiciones ambas demostrablemente peores que la separación mencionada. Este peligro se ilustra en el caso de un académico internacional que era considerado un experto en derecho inglés cuando se encontraba en América, y un experto en derecho estadounidense cuando estaba en Inglaterra. No distinguido plenamente en ninguno de los dos campos, lograba alternar entre ambos de manera que su pericia nunca fue sometida a una revisión calificada en ninguno. Como resultado, ofrecía una pobre imitación en ambos. Una verdadera combinación

de los conocimientos provenientes de la razón y de la revelación es infinitamente más difícil.³

Los Santos de los Últimos Días son exhortados a buscar la verdad—un “conocimiento de las cosas como son, como fueron y como han de ser” (Doctrina y Convenios 93:24). Generaciones de nuestros miembros han aprendido que esta Iglesia no requiere que uno “crea en nada que no sea verdadero.”⁴ Como enseñó el presidente Spencer W. Kimball, gozamos de una verdadera libertad individual: “La libertad de las ideologías y conceptos mundanos libera al hombre mucho más de lo que él imagina. Es la verdad la que hace libres a los hombres.”⁵ Cada uno de nosotros debe buscar esa verdad mediante la razón y la fe. Y cada uno de nosotros debe aumentar su capacidad para comunicar esa verdad por medio de una combinación inspirada del lenguaje de la erudición y del lenguaje de la fe.

Estoy seguro de que cuando progresemos hasta el punto en que conozcamos todas las cosas, encontraremos una armonía completa de toda verdad. Hasta entonces, es sabio admitir que nuestra comprensión—tanto en religión como en ciencia—es incompleta y que la resolución de la mayoría de los conflictos aparentes es mejor dejarla para más adelante. Mientras tanto, hacemos lo mejor que podemos para actuar conforme a nuestro conocimiento científico, cuando sea necesario, y siempre conforme a nuestra fe religiosa, poniendo nuestra confianza definitiva en las verdades eternas reveladas por nuestro Creador, las cuales trascienden la razón humana, “porque para Dios nada es imposible” (Lucas 1:37).

Cada uno de nosotros debe buscar la verdad tanto mediante la razón (la ciencia) como mediante la fe (la religión).

1. J. Reuben Clark Jr., “The Charted Course of the Church in Education” (discurso a líderes de seminarios e institutos en Aspen Grove, Utah, 8 de agosto de 1938), en James R. Clark, comp., *Messages of the First*

Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 6 vols. (Salt Lake City: Bookcraft, 1965–75), 6:49; véase también “Excerpts from ‘The Charted Course of the Church in Education,’” *Ensign*, septiembre de 2002, 58.

2. Carta, 12 de agosto de 1977.
3. Este párrafo se basa en un discurso que pronuncié en un taller previo al inicio de clases en el Ricks College, Rexburg, Idaho, el 28 de agosto de 1991, titulado “¿Qué puedo enseñar a mis alumnos que tenga el mayor valor?”
4. Henry J. Eyring, *Mormon Scientist: The Life and Faith of Henry Eyring* (Salt Lake City: Deseret Book, 2008), 4.
5. “The Second Century of Brigham Young University,” discurso del Día de los Fundadores de BYU, 10 de octubre de 1975, en *Speeches of the Year: BYU Centennial Devotional and Fireside Addresses, 1975* (Provo, Utah: Brigham Young University Press, 1976), 246.

¿Por qué quieres ser recordado?

Durante mis primeros cinco años como presidente de la Universidad Brigham Young, formé parte de un grupo de unos cinco líderes que se reunían semanalmente con Neal A. Maxwell, entonces comisionado del Sistema Educativo de la Iglesia. Un día, él comenzó nuestra reunión con la pregunta: “¿Por qué les gustaría ser recordados después de ser relevados de sus cargos actuales?” Nos pidió a cada uno escribir nuestra respuesta en una hoja de papel y reflexionar en privado sobre ella.

Meditar en esa pregunta inspirada me enseñó una lección importante. La apliqué no solo a mi trabajo, sino también a mi papel como padre. Me pregunté: “Cuando tus hijos crezcan y se vayan de casa, o cuando mueras, ¿por qué quieres que te recuerden como padre?” Esta pregunta me hizo ver que corría el peligro de ser recordado por ser siempre crítico y fastidioso respecto a conductas triviales que me irritaban, como el hábito de una hija adolescente que dejaba su ropa y otras pertenencias esparcidas por toda la casa. Yo quería ser recordado por mis expresiones paternas de elogio, amor y otros asuntos de importancia eterna. Esos son los recuerdos cuyas impresiones tienen poder persuasivo.

Con frecuencia he hecho esta misma pregunta durante una conferencia de estaca a una presidencia de estaca, especialmente a una recién organizada: “Cuando sean relevados, ¿cómo desean ser recordados por los miembros de su estaca o por los líderes a quienes han enseñado?” Esa pregunta parece enfocar la atención en lo que

es más importante y, por lo tanto, en lo que merece mayor énfasis en el liderazgo de la Iglesia.



Compartiendo un momento de alegría con el comisionado Neal A. Maxwell en BYU

Debemos preguntarnos a nosotros mismos:
“¿Por qué te gustaría ser recordado cuando seas relevado de tu posición actual?”

Atribuir razones a la revelación

A partir de dos importantes y muy visibles acontecimientos relacionados con la revelación profética, he aprendido la insensatez de añadir interpretaciones o de intentar asignar razones a las revelaciones que el Señor da a Sus profetas.

I.

Muchas personas religiosas se escandalizaron por la decisión de la Corte Suprema de los Estados Unidos de 1962, según la cual un organismo del estado de Nueva York no podía redactar ni prescribir una oración para ser recitada al comienzo de las clases en las escuelas públicas de ese estado.¹ Seis meses después, el presidente David O. McKay declaró:

“Al declarar inconstitucional esa oración [de los regentes de Nueva York], la Corte Suprema de los Estados Unidos corta el cordón que conecta a las escuelas públicas de la nación con la fuente de la inteligencia divina, el propio Creador...

“Por ley, las escuelas públicas de los Estados Unidos deben ser no denominacionales. No pueden participar en asegurar la aceptación de alguno de los numerosos sistemas de creencias respecto a Dios y la relación del hombre con Él. Ahora recordemos y destaquemos que esa restricción se aplica tanto al ateo como al creyente en Dios.”²

Seis meses más tarde, justo después de la decisión de la Corte Suprema que prohibía la lectura de la Biblia en las escuelas,³ el presidente McKay afirmó:

“Los recientes fallos de la Corte Suprema harían que toda referencia a un Creador fuese eliminada de nuestras escuelas públicas y oficinas públicas...

“Evidentemente, la Corte Suprema malinterpreta el verdadero significado de la Primera Enmienda, y ahora está conduciendo a una nación cristiana por el camino hacia el ateísmo.”⁴

Décadas más tarde, es evidente que el presidente McKay tuvo visión profética al advertir sobre los efectos perniciosos de esas dos decisiones de la Corte Suprema. Dichos fallos han tenido el efecto de separar a las escuelas públicas del Creador. Han tenido el efecto de “conducir a una nación cristiana por el camino hacia el ateísmo”. Y las consecuencias de esos casos han demostrado la importancia de la advertencia del presidente McKay de que el requisito de que las escuelas públicas deben ser no denominacionales —una norma que él afirmó debe aplicarse “tanto al ateo como al creyente en Dios”— es esencial. De hecho, bajo la influencia de esas decisiones y de sus precedentes posteriores, las escuelas públicas se han convertido en (1) promotoras del ateísmo, o (2) hostiles hacia la religión, o (3) al menos indiferentes a la religión.

Lo que tuve que aprender de este acontecimiento clave en la historia de nuestra nación se refleja en una secuencia de hechos. Primero, dado que interpreté la decisión sobre la oración escolar como una prohibición únicamente de las oraciones redactadas y exigidas por el estado —y no como una prohibición de las oraciones en las escuelas en general—, razoné que el caso había sido decidido correctamente.

Segundo, cuando la Corte Suprema prohibió la lectura de la Biblia un año después, me preocupó la manera en que se estaba utilizando el precedente del caso de la oración. Preparé un artículo para expresar mi opinión de que el caso de la oración había sido correctamente decidido en cuanto a los hechos, pero que su precedente debía

aplicarse con cuidado para evitar establecer el ateísmo en las escuelas públicas.

Tercero, cuando el presidente Henry D. Moyle se enteró de mi artículo propuesto, se interesó en él por el tema tratado y porque su autor era un joven profesor de derecho en la facultad donde él mismo se había graduado. Me escribió que había llevado el artículo al presidente McKay, quien aprobó su publicación en la *Improvement Era*, donde apareció en diciembre de 1963.⁵

Finalmente, lo que aprendí de esta experiencia fue que mi “sabiduría mundana” al escribir aprobando el caso de la oración escolar, basándome en los hechos jurídicos de la decisión, no fue más que una pequeña nota al pie de la historia en comparación con la visión de un profeta que vio y describió los efectos perniciosos de esa decisión en los años venideros. Con visión profética, el presidente McKay vio que el caso de la oración escolar —que yo razonaba como defendible e incluso necesario como fallo legal basado en los hechos ante la Corte— pondría en marcha una cadena de acciones legales, públicas y educativas que separarían la religión de la educación y conducirían a la actual hostilidad hacia la religión que amenaza la libertad religiosa en nuestra sociedad. Para mí, esa fue una poderosa lección sobre la insensatez de intentar comprender la visión profética mediante la sabiduría del mundo.

II.

Cuando me trasladé desde Utah para estudiar Derecho en Chicago en el otoño de 1954, tuve mi primer encuentro personal con el hecho de que las personas de ascendencia africana no podían ser ordenadas al sacerdocio. En aquel tiempo, y durante casi el siguiente cuarto de siglo, esta prohibición —que yo, al igual que la mayoría de los Santos de los Últimos Días fieles, aceptábamos como una revelación dada a una sucesión de profetas— resultaba profundamente inquietante para muchos y representaba una posición cada vez más incómoda

para la Iglesia. Muchos, especialmente quienes se desenvolvían en el ámbito académico, buscaron razones, y no pocos estudiantes del evangelio se dedicaron a ofrecerlas. Durante un tiempo yo mismo intenté formular explicaciones para ayudarme a comprender y fortalecer a otros Santos de los Últimos Días. Más adelante, durante mis años en Chicago (1954–1971), comprendí que ese intento era infructuoso. Llegué a entender que debía sostener la revelación profética sin depender de las razones que los mortales ofrecían para justificarla.

En junio de 1978 nos llenó de gozo el anuncio del presidente Spencer W. Kimball, nuestro profeta y presidente, de que “todos los varones dignos de la Iglesia pueden ser ordenados al sacerdocio sin consideración de raza o color” (Declaración Oficial 2). La dirección cambió mediante revelación, y con esa revelación quedaron eliminadas todas las razones que los mortales habían dado para la instrucción anterior.

En una entrevista de 1988, al cumplirse diez años de la revelación sobre el sacerdocio, expliqué mi actitud hacia los intentos de los mortales de ofrecer razones para la revelación divina:

“Si uno lee las Escrituras con esta pregunta en mente: ‘¿Por qué mandó el Señor esto o aquello?’, descubrirá que en menos de uno de cada cien mandamientos se da alguna razón. No es el patrón del Señor dar razones. Nosotros [los mortales] podemos atribuir razones a una revelación. Podemos atribuir razones a los mandamientos. Cuando lo hacemos, estamos por nuestra cuenta. Algunas personas pusieron razones a la revelación de la que estamos hablando aquí, y resultaron estar espectacularmente equivocadas. Hay una lección en eso... Hace mucho tiempo decidí que tenía fe en el mandamiento, pero no tenía fe en las razones que se habían sugerido para explicarlo.”

Cuando se me preguntó si me refería incluso a las razones dadas por Autoridades Generales, respondí:

“Me refiero tanto a las razones dadas por Autoridades Generales como a las que fueron elaboradas por otros. Todo ese conjunto de razones me parecía un riesgo innecesario... No cometamos el error que se ha cometido en el pasado, aquí y en otros asuntos, de intentar atribuir razones a una revelación. Las razones resultan ser, en gran medida, obra del hombre. Las revelaciones son lo que sostenemos como la voluntad del Señor, y ahí es donde reside la seguridad.”⁶

Los mortales no deben intentar ofrecer razones para los mandamientos o revelaciones divinas.

1. *Engel v. Vitale*, 370 U.S. 421 (1962).
2. “Parental Responsibility,” *Relief Society Magazine*, diciembre de 1962, 878.
3. *Abington School District v. Schempp*, 374 U.S. 203 (1963).
4. “President McKay Comments on Ruling,” *Church News*, 22 de junio de 1963, 2.
5. “Antidotes for the School Prayer Cases,” *Improvement Era*, diciembre de 1963, 1048–50, 1134–36.
6. “Apostles Talk about Reasons for Lifting Ban,” *Daily Herald*, Provo, Utah, 5 de junio de 1988, 21 (AP).

La adversidad

Con la muerte de mi padre tuve una temprana introducción a la adversidad. Pero mi comprensión del propósito de la adversidad llegó más tarde, cuando reconocí la importancia de la frecuente referencia de mi madre a la enseñanza del padre Lehi a un hijo que había sufrido “aflicciones y mucho pesar” por las acciones de sus hermanos mayores:

“No obstante, Jacob, hijo mío, primogénito en el desierto, tú sabes la grandeza de Dios; y él consagrará tus aflicciones para tu provecho” (2 Nefi 2:1–2).

A menudo escuché a mi madre decir que el Señor había consagrado su aflicción para su provecho, porque la muerte de su esposo la obligó a desarrollar sus talentos, a servir y a convertirse en algo que nunca habría llegado a ser sin aquella aparente tragedia.

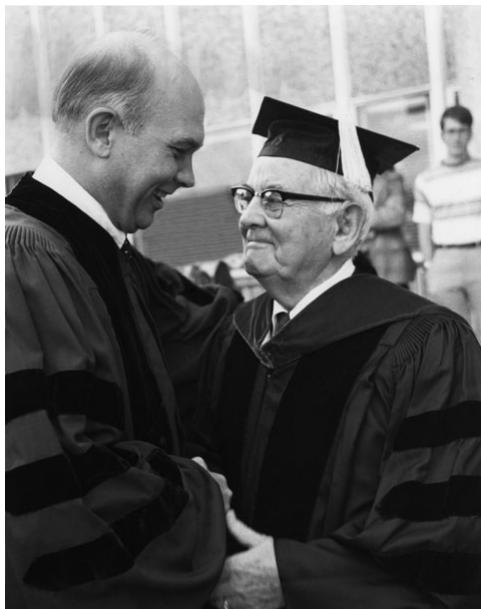
La adversidad es una compañera ocasional o incluso constante para cada uno de nosotros a lo largo de la vida. No podemos evitarla. Es una realidad —y de hecho, uno de los propósitos— de la vida mortal. Lo importante es cómo reaccionamos ante ella. ¿Permitiremos que nuestras adversidades nos abrumen, o avanzaremos confiando en la promesa de Dios, quien no nos protege de toda adversidad, pero sí nos concede la guía y la fortaleza que hacen posible que soportemos y progresemos?

Algunas personas explotan sus adversidades para provocar lástima o para colocarse en una categoría especial que justifique la falta de rendimiento. Otras, como enseñó el padre Lehi, aceptan sus

adversidades y siguen adelante, confiando en las bendiciones de Dios para ayudarles a dar lo mejor de sí.

Aprendí del ejemplo de mi madre y de otros que la fe valiente y la acción de una persona al enfrentar la adversidad pueden bendecir a muchos otros que se fortalecen al observar su ejemplo. Miles fueron consolados y fortalecidos por el ejemplo del presidente Spencer W. Kimball. Durante su larga vida, soportó severas aflicciones físicas, incluidas enfermedades cardíacas que ponían en riesgo su vida y el devastador cáncer de garganta que afectó su voz. Su firme respuesta ante estas adversidades nos ha inspirado a todos a enfrentar nuestras propias pruebas y dificultades.

En un discurso que pronuncié en 1995 ante los estudiantes de la Universidad Brigham Young, publicado más tarde en la *Ensign*, compartí este ejemplo de algo que alguna vez se consideró una adversidad, pero que hoy se reconoce como una bendición:



Con el presidente Spencer W. Kimball en los ejercicios de graduación de BYU, alrededor de 1975

“Podemos considerar la escasez de dinero y la lucha por encontrar un empleo gratificante como adversidades serias. Recuerdo esas experiencias y sentimientos, y no estoy convencido de que la pobreza relativa y el trabajo arduo sean mayores adversidades que la abundancia y el tiempo libre... Para muchos, aunque no para todos, la riqueza material y el tiempo libre abundante son obstáculos espirituales.

“Estoy seguro de que las habilidades, la disciplina y la fortaleza interior que resultan de superar los desafíos de la escasez material abren la puerta a bendiciones extraordinarias. Ofrezco un pequeño ejemplo personal. Como estudiantes de posgrado pobres en Chicago, mi esposa y yo no teníamos recursos para llamar a casa, excepto por breves llamadas en días festivos especiales. Teníamos que mantenernos en contacto por medio de largas cartas semanales que cada uno de nosotros escribía a máquina. La redacción de esas cartas desarrolló habilidades de escritura que han bendecido nuestras vidas durante los siguientes cuarenta años. Nos habríamos privado de un crecimiento significativo si hubiéramos podido simplemente levantar el teléfono y comunicarnos de una manera casi sin esfuerzo y, a veces, casi sin pensamiento, como habría sido posible si hubiéramos tenido más dinero. Soy un defensor de las cartas entre seres queridos, y mi preferencia se ha reforzado al escribir historias familiares y regocijarme en los detalles de las vidas de mis seres queridos que se han preservado por escrito en lugar de perderse en alguna autopista electrónica.”¹

Un amoroso Padre Celestial consagrará nuestras aflicciones para nuestro provecho.

1. “Adversity,” *Ensign*, julio de 1998, 10.

Los sentimientos

Contrario a mi formación legal, he llegado a darme cuenta de que los sentimientos son, a menudo, más importantes que los hechos.

El derecho tiene poco que ver con los sentimientos. Un sentimiento rara vez constituye una causa legal o siquiera una prueba admisible. Pero nuestras decisiones más importantes, aunque vayan acompañadas de un estudio cuidadoso de los hechos, suelen estar motivadas de manera más inmediata por los sentimientos. Un ejemplo de ello es con quién nos casamos. ¿Qué hecho o conjunto de hechos, sin estar acompañado de sentimientos, podría motivar esa decisión?

Los sentimientos son vitales en el proceso de la revelación. En un discurso que más tarde se publicó en la *New Era*, enumeré ocho propósitos o funciones de la revelación: testificar, profetizar, consolar, elevar, informar, refrenar, confirmar e impulsar.¹ De manera significativa, siete de esos ocho —todas excepto *informar*— se manifiestan como un sentimiento. Por ejemplo, siempre debemos estar preparados para actuar conforme a una impresión cuando “sentimos que es correcta” (Doctrina y Convenios 9:8), aun cuando no esté justificada por los hechos.

Si cultivamos el sensible receptor espiritual que todos hemos recibido y que se espera que usemos, un sentimiento de duda o de presentimiento nos advertirá de caer en errores éticos o morales. Si nos apartamos del camino prescrito, un sentimiento de culpa nos moverá al arrepentimiento. Si ignoramos esos sentimientos y descuidamos nuestra vida espiritual hasta un punto extremo,

sufriremos el resultado mencionado en la escritura que describe a las personas que estaban “endurecidas, de modo que no podían sentir” la “voz apacible y delicada” (1 Nefi 17:45).

Una experiencia personal ilustra cómo el Espíritu Santo nos enseña a través de los sentimientos. Esta experiencia es especialmente significativa porque involucró los sentimientos de una persona que no estaba familiarizada con la revelación.

Hace un poco más de treinta años, tres diputados electos del *Soviet Supremo* visitaron Salt Lake City. Los llevé a varios lugares de la Manzana del Templo y luego al Tabernáculo, donde escucharon la transmisión dominical del Coro del Tabernáculo. Un pequeño grupo de nosotros nos reunimos con ellos en una sala privada y les hablamos acerca de la Iglesia. En respuesta, Konstantin Lubchenko, el miembro principal de la delegación, nos dirigió unas palabras. Tomé notas de sus comentarios mientras nos llegaban a través de un intérprete:

“Antes de venir aquí, pensaba que la Iglesia Mormona era una organización muy conservadora de fanáticos. Pero después de ver las hermosas pinturas y la estatua en su centro de visitantes, y el hermoso lugar donde cantó el coro, y después de escuchar al coro y al órgano, tengo una nueva comprensión de su iglesia.”

Lo que más me interesó fue su descripción de lo que sintió:

“Desde que llegué a los Estados Unidos, la gente me ha preguntado cuál ha sido mi impresión más fuerte en este país. Ahora puedo decirlo: ha sido el canto de su coro. Me encanta la música de órgano y los coros, y he asistido muchas veces a escucharlos en mi país. Mientras el coro cantaba, tuve un sentimiento muy fuerte. Aunque no hablo inglés, sentí con mi corazón que ellos expresaban sinceramente mis sentimientos. Mi relación con Dios se expresó en sentimientos terrenales a través de su canto.”²

Aunque probablemente no estaba familiarizado con las cosas del Espíritu, este legislador soviético tuvo un sentimiento y pudo describirlo con suficiente claridad como para que yo comprendiera que había recibido un testimonio del Espíritu.

Los sentimientos son vitales en el proceso de la revelación. Debemos estar siempre preparados para actuar conforme a una impresión cuando “sintamos que es correcta” (D. y C. 9:8).

1. “Revelation,” *New Era*, septiembre de 1982, 44.
2. Citado en Dallin H. Oaks, “Teaching and Learning by the Spirit,” *Ensign*, marzo de 1997, 13–14; énfasis añadido.

Establecimiento de metas

Creo en el establecimiento de metas, especialmente en el tipo correcto de metas. He aprendido que algunas metas pueden ser un impulso para el progreso, mientras que otras pueden ser poco más que una fuente de frustración.

Para que las metas sean más efectivas en promover nuestro progreso, deben referirse a cosas que puedan alcanzarse mediante nuestro esfuerzo personal. No deben depender del albedrío ni de los esfuerzos de otras personas. Esta diferencia es importante. Si perseguimos una meta que se relaciona con lo que podemos hacer, nuestros compromisos y estándares pueden mantenerse constantes, sin importar las circunstancias que estén fuera de nuestro control. En cambio, cuando las metas dependen del albedrío y de las acciones de otros, el fracaso en alcanzarlas solo puede producir frustración en quien las estableció.

Ejemplos de metas que dependen del albedrío y la acción de otros incluyen: casarse con una persona en particular, casarse antes de cierta edad o ser empleado o llamado a un cargo específico. Las metas que pueden alcanzarse mediante el esfuerzo personal incluyen las listas de cosas que haremos en un día determinado o las resoluciones que hacemos sobre lo que deseamos lograr en un nuevo año. Las metas de este tipo más significativas se relacionan con nuestros deseos, los cuales determinan nuestras prioridades y moldean nuestras decisiones, acciones y sentimientos.¹ Basándose en la dirección escritural de orar para ser llenos de amor hacia nuestros semejantes (Moroni 7:48), mi madre enseñó a sus hijos que

cuando sintiéramos sentimientos negativos hacia alguien, debíamos orar para que esos sentimientos se transformaran en amor.

Los misioneros pueden aplicar este principio al enfatizar metas que puedan lograr mediante sus propios esfuerzos, como las horas trabajadas, los conceptos enseñados y las reglas obedecidas. Estas metas no dependen del ejercicio del albedrío de otra persona, como la decisión de un investigador de bautizarse.

Las metas efectivas deben ir siempre acompañadas de planes concretos para alcanzarlas, de modo que no sean algo abstracto o teórico. Las metas que incluyen planes para lograrlas generan impulso y éxito.

Debemos estar dispuestos a ajustar nuestras metas o su calendario, de acuerdo con la inspiración del Señor o la dirección de Sus siervos. El pionero Anson Call, bisabuelo de June, demostró este principio de adaptabilidad. Fue líder de una compañía de carretas organizada y enviada hacia el oeste por Brigham Young desde Council Bluffs el 22 de julio de 1846. Su meta era llegar a las Montañas Rocosas ese mismo año. Después de haber recorrido más de 130 millas, fueron alcanzados por un mensajero que les ordenó regresar. Desandaron su camino. Casi dos años después, bajo dirección del sacerdocio, Anson Call fue finalmente autorizado a continuar hacia el Valle del Lago Salado en junio de 1848.²

La meta suprema del esfuerzo personal es poner al Señor en primer lugar en nuestras vidas y guardar Sus mandamientos. Alcanzar esa meta requiere esfuerzo personal y no depende de los demás. Puede perseguirse sin importar las circunstancias y es independiente de lo que otros decidan o hagan. La fe en el Señor Jesucristo y la confianza en Sus mandamientos y en Su voluntad para nosotros nos preparan para enfrentar las oportunidades y circunstancias de la vida: para aprovechar las que se nos conceden y perseverar ante las decepciones de las que se pierden. Esto nos da dirección y paz.

Para ser más efectivas, las metas deben referirse a cosas que puedan alcanzarse mediante nuestro esfuerzo personal y deben ir siempre acompañadas de planes para lograrlas.

1. Véase “Desire,” *Ensign*, mayo de 2011, 42–45.
2. Véase “Timing,” en *Brigham Young University 2001–2002 Speeches* (Provo, Utah: Brigham Young University, 2002), 189.

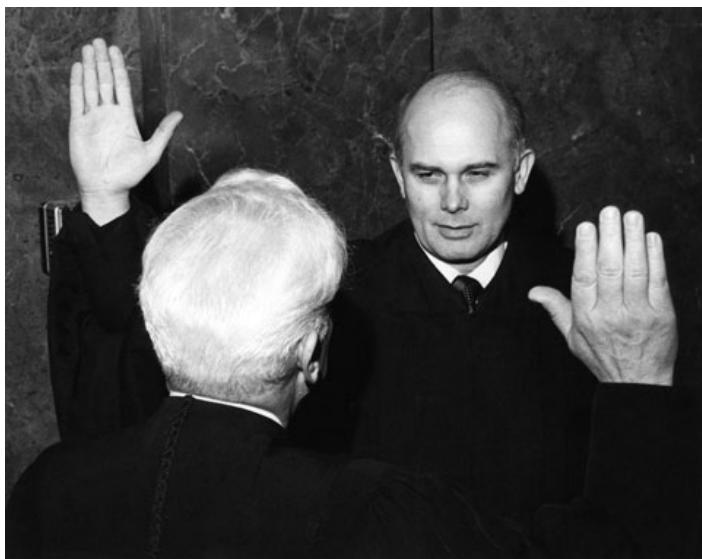
Capítulo 20

La revelación personal

Los Santos de los Últimos Días creen en la revelación personal. Al igual que muchos otros, yo la he experimentado. Una y otra vez mi vida ha sido enriquecida y mis decisiones han sido guiadas por un amoroso Padre Celestial que responde nuestras oraciones cuando pedimos Su ayuda. Seguimos adelante con fe, aunque a veces no comprendemos plenamente el significado de Su guía sino hasta mucho después. Comparto una de esas experiencias que fue esencial para una decisión inmediata, pero que también contenía información importante (e inesperada) sobre un acontecimiento futuro.

Fui relevado como presidente de la Universidad Brigham Young el 1 de agosto de 1980. Con menos de tres meses de aviso antes de mi relevo, aún no había formulado planes sobre lo que haría después. Se me presentaron muchas oportunidades diferentes, pero la que más me intrigó fue una próxima vacante en la Corte Suprema de Utah. Desafortunadamente, el salario anual de un juez de la Corte Suprema de Utah en ese momento era solo una fracción de lo que recibiría en cualquiera de las otras alternativas que estaba considerando. (Incluso era inferior a las ofertas que recibían los mejores graduados de la facultad de derecho de BYU, quienes entonces eran mis alumnos). Además, aunque presentara mi solicitud, el nombramiento dependía de la recomendación de una comisión de selección judicial y de la acción del gobernador.

No necesito confiar solo en mi memoria para relatar cómo se tomó mi decisión. Mi diario manuscrito del 26 de septiembre de 1980 contiene este relato importante:



Prestando juramento como juez de la Corte Suprema de Utah, 5 de enero de 1981

“Esta mañana June y yo fuimos al templo para buscar inspiración sobre nuestra decisión. Durante toda la sesión no pude apartar mi mente de la Corte Suprema de Utah, por más que lo intenté (y lo hice constantemente). En toda esta conciencia de la posibilidad de que pudiera aceptar ese cargo, no tuve ni un solo pensamiento negativo ni aprensión alguna. Tampoco los he tenido en mis deliberaciones hasta este punto. Esto, en sí mismo, es una confirmación persuasiva. Luego, mientras estábamos sentados en un sofá en la última sala, June y yo oramos en silencio, y al terminar, este pensamiento inundó mi mente, repitiéndose una y otra vez: ‘Ve a la corte y desde allí te llamaré.’ Estas fueron exactamente las palabras que vinieron a mi mente mientras meditaba sobre esta cuestión en el vuelo de regreso desde Washington el 17 de septiembre, pero entonces no estaba seguro de si era una idea mía o inspiración. Aquí, en el templo, con una repetición idéntica pero más intensa, ya no tuve dudas. Tenemos

nuestra respuesta. June ha tenido pensamientos confirmatorios y expresó su disposición a hacer cualquier sacrificio necesario.”

El significado inmediato de las palabras *Ve a la corte y desde allí te llamaré* confirmó mi decisión de postularme para la vacante judicial. No fue sino hasta que fui llamado al Quórum de los Doce en abril de 1984, mientras servía en la corte, que comprendí el significado de las últimas siete palabras. De hecho, no fue sino hasta que volví a leer mi diario mientras escribía este libro que recordé esa parte de la revelación personal. La había registrado fielmente, aunque sin entender su importancia a largo plazo. Esto ocurre con frecuencia con la revelación personal: generalmente no se manifiesta con una imagen completa del curso de acción que se debe seguir, ni con la comprensión de todas sus consecuencias.

La revelación personal a menudo sigue el patrón del Señor de una revelación gradual: “línea por línea, un poco aquí y un poco allá” (Isaías 28:10).

Capítulo 21

Liderazgo

He tenido el privilegio de ejercer responsabilidades de liderazgo en la familia y en la Iglesia, así como en organizaciones empresariales, educativas, militares y caritativas. Al observar a líderes, al experimentar su liderazgo y al ejercer responsabilidades de liderazgo yo mismo, he aprendido algunos principios básicos que tienen valor en cada una de estas áreas.

Mi interés en el liderazgo comenzó en mi adolescencia al leer biografías de líderes militares de la Segunda Guerra Mundial. En la universidad y en la facultad de derecho, mi interés se amplió a las biografías de líderes públicos. A lo largo de mi vida he observado liderazgos eficaces (y otros menos eficaces) de varios padres y abuelos. Como presidente universitario, disfruté leyendo los consejos y experiencias de líderes educativos. Pero lo mejor de todo es que, durante más de cuarenta años, he sido un observador cercano de los grandes hombres y mujeres que son líderes en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. He procurado aprender cómo lograr que hombres y mujeres realicen una tarea asignada, que la realicen bien y que disfruten el proceso.

A continuación, presento siete principios importantes de liderazgo que he aprendido de mis experiencias de vida:

1. El amor es el primer principio.

Su efecto magnifica los resultados de todos los demás principios. Los líderes que aman y son amados por aquellos a quienes dirigen aumentan el impacto de su liderazgo y la duración de su influencia.

2. Los buenos líderes no se preocupan excesivamente por la popularidad.

Saben que la popularidad es consecuencia del buen liderazgo; no lo produce.

3. Los buenos líderes toman decisiones firmes.

Son confiables porque se mantienen fieles a las decisiones que han tomado.

4. Los buenos líderes son positivos.

El optimismo es contagioso. Las personas confían y trabajan mejor para los líderes que ven la adversidad como una oportunidad desafiante y que mantienen una confianza positiva y reflexiva en la tarea asignada y en el resultado deseado.

5. Los buenos líderes son claros en definir lo que se espera,

capaces de expresarlo en términos simples y eficaces en comunicarse con quienes dirigen. Estas tres cualidades están tan interrelacionadas que no puedo dar ejemplos que no incluyan, en alguna medida, las tres.

El presidente Gordon B. Hinckley fue un genio al expresar un principio o dar un desafío con tanta claridad y sencillez que inspiraba a todos a comprender más profundamente y a esforzarse con mayor eficacia. Hace algunos años dijo a la Iglesia que debíamos “elevar el nivel” del servicio misional.¹ No dio una explicación complicada; simplemente usó esa vívida metáfora para transmitir un desafío claro y sencillo que expresaba un ideal que la mayoría comprendimos y compartimos. El impacto de ese desafío se ha sentido entre los jóvenes Santos de los Últimos Días, sus padres, maestros y líderes en todas partes. Eso es liderazgo mediante simplicidad, claridad y comunicación.

En agosto de 2005, el presidente Hinckley pidió a cada miembro de la Iglesia que leyera el Libro de Mormón nuevamente antes de que

terminara el año.² Ese desafío claro y simple probablemente ha cambiado tantas vidas como cualquier otra enseñanza comparable de un presidente de la Iglesia en mi memoria. Lo que pidió fue fácil de entender, y dio un plazo específico. Al hacerlo, nos dirigió hacia una actividad mediante la cual podíamos beneficiarnos del poder de las Escrituras y del testimonio del Espíritu Santo. ¡Qué liderazgo tan sabiamente inspirado!

Mi primera lección sobre la importancia de comunicar con claridad y sencillez la aprendí al observar a mi presidente de estaca en Chicago, John K. Edmunds. De su énfasis constante en el diezmo y en el liderazgo del sacerdocio (DyC 121:34–36), aprendí que si los líderes de la Iglesia destacan un pequeño número de principios clave y los repiten una y otra vez, esos pocos fundamentos tienen la capacidad de elevar el desempeño individual en muchos otros temas que rara vez se mencionan. Ese tipo de liderazgo es más eficaz que intentar impulsar todo por igual, como el proverbial río de una milla de ancho y una pulgada de profundidad que nunca logra concentrar la fuerza necesaria para dejar una huella en el paisaje. El liderazgo efectivo requiere concentración selectiva.

6. Un buen líder es sereno y equilibrado bajo presión.

Esa serenidad fortalece a los seguidores, mientras que el pánico o la ansiedad del líder los dispersan y debilitan. Los aficionados al deporte pueden observar esta calma en la actitud de los entrenadores más exitosos de los deportes de equipo.

La necesidad de mantener la calma también se aplica a otro tipo de combate. Recuerdo lo que me contó un soldado sobre la reacción de su capitán al recibir, temprano en la mañana, el mensaje de que el enemigo había roto las líneas y se acercaba rápidamente a su posición. Mientras algunos soldados entraban en pánico y empezaban a lanzar cosas en los camiones para huir, el capitán se sentó tranquilamente en un lugar visible, se abotonó la camisa y se

amarró las botas. Su calma se contagió, el pánico cesó y las tropas estuvieron listas para recibir las órdenes que les permitieron mantener su posición. La importancia de la calma y el aplomo es omnipresente en todas las áreas del liderazgo.

7. Finalmente, ningún principio de liderazgo es más poderoso en su efecto sobre los seguidores que el dar el ejemplo correcto.

Este principio impregna todos los anteriores. El presidente Thomas S. Monson, a lo largo de su vida y ministerio, ejemplificó este principio al buscar rescatar a las personas necesitadas y ministrarles. Como nuestro Salvador, él “anduvo haciendo bienes” (Hechos 10:38). Su ejemplo nos alcanza e influye a todos.³

Los buenos líderes dan el ejemplo correcto y poseen amor, optimismo, claridad, sencillez en la comunicación y calma bajo presión.

1. Gordon B. Hinckley, “Missionary Service,” *First Worldwide Leadership Training Meeting* (Salt Lake City: The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 2003), 17.
2. Gordon B. Hinckley, “A Testimony Vibrant and True,” *Ensign*, agosto de 2005, 6.
3. Véase Heidi S. Swinton, *To the Rescue: The Biography of Thomas S. Monson* (Salt Lake City: Deseret Book, 2010).

Parte Tres

**Autoridad General, 1984 hasta el
presente**

Lo aprendido de la formación legal

Todos tenemos un tesoro de conocimientos adquiridos a través de nuestras profesiones u ocupaciones. Al dirigirme a una audiencia de abogados, ofrecí un resumen general del valor principal de mi formación jurídica —lo que me llevé conmigo cuando fui llamado a una nueva asignación—. Comencé contando cómo, después de treinta años en diversas actividades legales, fui llamado inesperadamente al apostolado y casi de inmediato debía dejar toda participación activa en el ejercicio del derecho.

“De repente vi mi trabajo en la profesión legal bajo una nueva luz, como un medio de preparación para algo más que vendría después... “La mayoría de nosotros concluirá su actividad formal en la profesión legal antes de morir. Pero las habilidades y las formas de pensar que hemos adquirido como abogados permanecerán—para bien o para mal. Y cuando se aplican correctamente, esas habilidades y modos de pensar seguirán siendo una fuente de bendición para muchos.

“Por ejemplo, soy consciente cada día de que mi manera de reunir hechos, analizar problemas y proponer acciones es producto de mi formación legal. Lo mismo ocurre con mi concepto de justicia. (El derecho ha sido menos influyente en enseñarme acerca de la misericordia). Si uno aprovecha debidamente las oportunidades, el estudio del derecho disciplina la mente y la práctica del derecho fortalece el carácter.

“Mi participación en las guerras de litigios ha dejado grabado en mi alma el imperativo de evitar las incertidumbres y ambigüedades que fomentan la controversia. También me ha dado la tendencia a

resolver las diferencias, cuando sea posible, mediante acuerdos privados en lugar de litigios adversarios, lo que me lleva a creer que, a veces, incluso un mal acuerdo es mejor que un buen pleito.

“También he visto el ideal del evangelio de servir a los demás expresado noblemente en el servicio, tanto no remunerado como remunerado, de los miembros de la profesión legal.”¹

Existen muchos de los llamados “chistes de abogados”, algunos de los cuales son útiles para señalar las deficiencias características de la profesión. Pero la abogacía también posee cualidades nobles y esenciales para una sociedad, a la cual provee defensores y jueces. Me complace ver que estos títulos —*Abogado y Juez*— están entre aquellos con los que nuestro Salvador se identifica a Sí mismo.²

Las personas en otras ocupaciones tendrán una lista diferente de aprendizajes principales.

Es valioso analizar lo que hemos aprendido en nuestra profesión u ocupación y considerar cómo ello ha moldeado nuestra forma de pensar y nuestras cualificaciones para el servicio futuro.

1. “The Beginning and the End of a Lawyer,” *Clark Memorandum*, primavera de 2005, 11.
2. Véase *Guía de Tópicos*, “Jesucristo, Abogado”; “Jesucristo, Juez.”

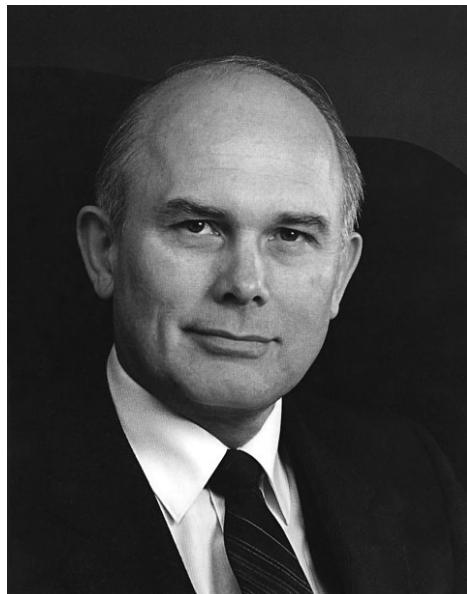
Transición al apostolado

Fui llamado como Apóstol y sostenido como miembro del Cuórum de los Doce el 7 de abril de 1984. En ese momento, me desempeñaba como juez de la Corte Suprema de Utah. Probablemente fui la primera persona llamada al apostolado mientras servía en un cargo gubernamental.¹ Esto planteó un desafío de transición.

Debido a la separación entre la Iglesia y el Estado exigida por la Constitución de los Estados Unidos —una respuesta al conocimiento que tenían los fundadores de los abusos cometidos por autoridades que ejercían simultáneamente el poder eclesiástico y el poder civil—, era esencial que completara mis responsabilidades oficiales antes de comenzar mi servicio en la Iglesia. Me tomó veinticinco días terminar las opiniones que se me habían asignado redactar para la corte y emitir mis votos en otros casos en deliberación, donde mi voto era esencial para formar una mayoría en nuestra corte de cinco jueces.

Durante el tiempo en que continué sirviendo como juez de la Corte Suprema de Utah, sabiendo que el resto de mi vida estaría dedicado al servicio del Señor, tuve ocasión para reflexionar profundamente sobre las responsabilidades que pronto asumiría y ejercería por el resto de mi existencia. Me sentía muy inadecuado y con mucha aprensión. Hice un inventario de mis credenciales profesionales, mi experiencia y mis cualificaciones, y las comparé con las cosas que creía que se me pediría hacer como Apóstol. Me pregunté:

“Durante el resto de tu vida, ¿serás un abogado y juez que fue llamado a ser Apóstol, o serás un Apóstol que antes fue abogado y juez?”



El élder Dallin H. Oaks

Existe en la mayoría de nosotros una fuerte tendencia a pasar la mayor parte del tiempo haciendo aquello en lo que nos sentimos cómodos: a procurar cumplir nuestras responsabilidades a través de actividades en las que sentimos dominio o, al menos, familiaridad. Esa tendencia es particularmente significativa cuando pasamos de una posición a otra, especialmente cuando las responsabilidades del nuevo cargo son muy diferentes a las del anterior. Sabía que no debía rendirme a esa tendencia.

Las partes más importantes de mi nuevo llamamiento —las únicas realmente únicas en el servicio del Señor— eran precisamente aquellas de las que no sabía nada, las que tendría que comenzar desde el principio. Sabía que si concentraba mi tiempo en las cosas que me resultaban naturales, en aquello para lo cual me sentía calificado, nunca estaría a la altura de mi llamamiento como Apóstol. Seguiría siendo solo un exabogado y exjuez. Y eso no era lo que quería. Decidí entonces que enfocaría mis esfuerzos en convertirme

en lo que había sido llamado a ser, no en lo que me sentía calificado para hacer. Determiné que, en lugar de tratar de ajustar mi llamamiento a mis credenciales, trataría de “ajustarme yo mismo a mi llamamiento.”²

Durante la primera década de mi servicio, expliqué esta determinación a muchos grupos de líderes de la Iglesia, especialmente a aquellos que necesitaban un cambio similar en su manera de pensar. A los presidentes de misión les hice el desafío de dejar de verse a sí mismos en relación con la ocupación de la cual habían sido llamados, y de comenzar a verse como líderes de misioneros. A los misioneros los desafié a dejar de verse como adolescentes adultos o aficionados a algún deporte, y a reconocerse como siervos del Señor Jesucristo, llamados para hacer Su obra a Su manera.

Al recordar esta explicación de mi transición, encontré el texto de un discurso que di en la celebración del vigésimo quinto aniversario de los estudiantes nativos americanos que se presentaban en la Universidad Brigham Young (un grupo entonces llamado *Lamanite Generation*). La analogía que usé allí —que pensé sería significativa para ellos— también expresa bien lo que yo había estado tratando de lograr:

“¿Sería yo un abogado que fue llamado a ser Apóstol, o sería un Apóstol que antes fue abogado? Abogado era mi tribu. Apóstol era mi llamamiento y mi lealtad suprema. No he dejado de ser miembro de mi tribu legal, de honrar sus sanas tradiciones y logros, y de beneficiarme de la educación que recibí en el derecho. Pero he dejado de considerarme un abogado. Soy un Apóstol que fue educado como abogado.”³

Cuando se nos llama a un cargo en la Iglesia, debemos concentrar nuestros esfuerzos en ser lo que hemos sido llamados a ser, y no en lo que nos sentimos calificados para hacer.

1. J. Reuben Clark Jr. fue llamado a la Primera Presidencia en diciembre de 1931 mientras servía como embajador de los Estados Unidos en México. Como resultado, su llamamiento no se anunció ni fue sostenido sino hasta abril de 1933. Fue ordenado Apóstol en octubre de 1934.
2. Partes de los tres párrafos anteriores se adaptan de un discurso que di en la Facultad de Derecho J. Reuben Clark de la Universidad Brigham Young, el 8 de febrero de 1987. Véase “Bridges,” *Clark Memorandum*, otoño de 1988, 12.
3. Discurso pronunciado en la Universidad Brigham Young, Provo, Utah, el 30 de marzo de 1996.

Servicio desinteresado

El servicio que se brinda con poco o ningún pensamiento de beneficio personal es un ideal digno de perseguir durante toda la vida. Al igual que la humildad, el servicio que no está consciente de sí mismo debe aprenderse gradualmente.

No pensé que aprendería el principio del servicio desinteresado en la facultad de derecho, pero así fue. Varios de mis profesores enseñaron, de manera explícita y también con su ejemplo, que el ejercicio del derecho no era solo un medio para adquirir riqueza o alcanzar una posición de poder o influencia. Edward H. Levi, quien fue mi maestro, mi decano y, en muchos aspectos, mi mentor, fue un ejemplo de ello. Su principal interés era hacer que la ley fuera lo que debía ser para el bien del pueblo y del país. Enseñó a sus estudiantes y asociados a hacer lo mismo. Nunca me pareció una persona movida por intereses personales. Lo vi como un hombre sin autopromoción ni preocupación por lo que hoy llamamos “corrección política”. Estaba profundamente arraigado en lo que creía correcto para aquellos a quienes servía.

Poco después de mi llamamiento como Apóstol, recibí otra lección decisiva sobre la deficiencia del servicio que está demasiado consciente de sí mismo. Hablé con el élder (entonces) Boyd K. Packer acerca de cuán inadecuado me sentía para el llamamiento que había recibido. Él respondió con esta suave reprensión y perspicaz consejo:

“Supongo que tus sentimientos son comprensibles. Pero debes esforzarte por alcanzar una condición en la que no estés tan preocupado por ti mismo y por tus sentimientos de insuficiencia, sino

que puedas dedicar toda tu atención a los demás y a la obra del Señor en todo el mundo.”

Jesús enseñó que quienes deseen seguirle deben negarse a sí mismos:

“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mateo 16:25).

Así, el Señor desea que enseñemos y ministremos por amor a Él y a Sus hijos, no para satisfacer alguna necesidad personal ni para ganar reconocimiento. Aquellos que aparentan hacer la obra del Señor pero en realidad trabajan por beneficio o reconocimiento personal son culpables de sacerdocio falso, el cual el Libro de Mormón define como las acciones mediante las cuales “los hombres predicen y se erigen como una luz al mundo, para obtener ganancia y la alabanza del mundo; pero no buscan el bienestar de Sion” (2 Nefi 26:29; véase también Alma 1:16).

Promovemos el servicio desinteresado cuando elogiamos la obra, y no a la persona que la realiza. El Salvador nos dio un gran ejemplo de esto. Al dar a Su pueblo el mandamiento de “escudriñar diligentemente [las palabras de Isaías]”, el Salvador no alabó a ese gran profeta. Su explicación fue:

“porque grandes son las palabras de Isaías” (3 Nefi 23:1; énfasis añadido).

De manera similar, cuando alabamos las palabras o la obra, damos reconocimiento al Maestro que las inspiró, no al siervo que pareció llevarlas a cabo.

El Señor nos enseña a servir por amor a Él y a Sus hijos, no para satisfacer una necesidad personal ni para ganar reconocimiento.

El significado de “verdadera intención”

Aprendí el significado de un importante término escritural — “*verdadera intención*” (Moroni 10:4)— gracias a una experiencia que tuve hace muchos años.

Mientras servía como misionero de estaca en Chicago, mi compañero y yo visitábamos a un buen hombre cristiano que decía haber sido salvo. Parecía interesado en nuestro mensaje. Aunque no aceptó nuestra invitación para asistir a la Iglesia, oró con nosotros, aceptó un ejemplar del Libro de Mormón y dijo que lo leería. Estábamos convencidos de que amaba al Señor y deseaba sinceramente conocer más sobre el Libro de Mormón. Aceptó nuestro desafío para recibir el cumplimiento de la promesa de Moroni 10:4, pero después de varias reuniones semanales insistió en que no había recibido ninguna manifestación de la veracidad del Libro de Mormón. También nos dijo que no veía necesidad de bautizarse, porque ya había sido bautizado y, en cualquier caso, ya había sido salvo al aceptar a Jesucristo como su Salvador personal. Finalmente, nos despedimos amistosamente, y mi compañero y yo continuamos trabajando con otras personas más receptivas.

Reflexioné sobre esa experiencia durante muchos años, preguntándome por qué ese hombre, de quien estaba seguro que había preguntado al Señor con un corazón sincero y con fe en Cristo, no había recibido una manifestación de la verdad del Libro de Mormón. Finalmente comprendí. Había pasado por alto una

condición esencial en la promesa de Moroni 10:4, y ese fue el paso que nuestro amigo omitió.

No basta con preguntar con un corazón sincero y con fe en Cristo.

También debemos preguntar con verdadera intención.

La verdadera intención requiere un compromiso de actuar conforme a la verdad cuando el Señor la revele. Sin verdadera intención, lo que le estamos preguntando al Señor es simplemente una cuestión académica, lo que significa que, sea cual sea la respuesta, no afectará nuestro comportamiento. El Señor no promete responder una pregunta académica.

Comprendí que, aunque nuestro investigador deseaba sinceramente saber si el Libro de Mormón era verdadero, no podía haber estado orando con verdadera intención. Estaba convencido de que ya había sido salvo y no tenía intención de bautizarse, incluso si recibía una manifestación de la veracidad del Libro de Mormón.

Cuando aprendí esa lección, comencé a incluirla en mis discursos.

Poco después tuve una confirmación impresionante del principio.

Una miembro de la Iglesia, cuyo esposo había investigado el evangelio durante muchos años y que había escuchado mi explicación de este principio en una charla fogonera, me escribió sobre su efecto. Me dijo que su esposo había orado el viernes para que sucediera algo durante la charla fogonera que lo ayudara a saber si la Iglesia era verdadera. Me contó que él sintió que yo estaba hablándole directamente el sábado por la noche. Su carta continuaba:

“El domingo por la tarde reflexionó sobre las palabras ‘*verdadera intención*’. Se comprometió a bautizarse ese mismo día si podía saber que era lo correcto. ¡Recibió su respuesta! Después de muchos años de ayuno y lucha, finalmente sintió suficiente paz para actuar, y se bautizó alrededor de las 7:15 p.m. Ahora es miembro de La Iglesia de

Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Después me dijo que se sentía feliz por haberlo hecho y que sabía que era lo correcto.”

La clave para que se respondiera la oración de este hombre fue que finalmente dio al Señor el compromiso necesario de actuar conforme a la respuesta si la recibía. Eso es orar con verdadera intención. La carta de su esposa continuaba:

“Ahora, él tendrá la gran bendición de bautizar a [nuestra hija de ocho años] Julie en un par de semanas. Esto es algo que he esperado y por lo que he orado durante varios años.”

Lo que aprendí de estas experiencias es que siempre debemos orar con verdadera intención —con un compromiso de actuar conforme a la respuesta— si queremos que nuestras preguntas y oraciones sean contestadas.

El mismo principio se aplica al arrepentimiento, que debe hacerse con *“pleno propósito de corazón”* (lo mismo que verdadera intención en este contexto) si deseamos ser aceptados y perdonados (Jacob 6:5; 3 Nefi 10:6; 18:32; véase también DyC 42:25). En otras palabras, no basta con pasar por los pasos externos del arrepentimiento si lo hacemos solo para calificar para una recomendación para el templo o un llamamiento misional, pero sin intención de abandonar el comportamiento pecaminoso una vez obtenida la ventaja temporal. Eso no es arrepentirse con pleno propósito de corazón, y el Señor no promete perdón en esa circunstancia.

Este requisito de verdadero compromiso está incluido en la amorosa invitación del Salvador a venir a Él. Les dijo a los nefitas: “Venid a mí con pleno propósito de corazón, y yo os recibiré” (3 Nefi 12:24).

Para preguntar con verdadera intención o actuar con pleno propósito de corazón, siempre debemos acompañarlo con un compromiso.

Rechazando solicitudes

Desde mis experiencias como presidente de la Universidad Brigham Young y, más intensamente, con las exigencias de ser una Autoridad General, he tenido que rechazar muchas solicitudes de personas que deseaban reunirse conmigo o que interviniera en su favor. Aunque esto ha sido inevitable debido a la cantidad de solicitudes y a la necesidad de respetar las líneas de autoridad y el albedrío de las demás personas involucradas, mis negativas han sido dolorosas para ambas partes. He tenido que aprender a decir “no” de una manera que trate de minimizar el dolor y, al mismo tiempo, procure ser útil.

A continuación presento citas de solo unas pocas de las cientos de cartas que he enviado mientras aprendía a responder a tales solicitudes.

1. Uno de los aproximadamente sesenta jefes de departamento de BYU solicitó una reunión de una hora con su nuevo presidente para hablar sobre técnicas de enseñanza, opciones de calificación y otros temas que le preocupaban. Le respondí que no podía hacerlo cuando estaba “obligado a realizar [tantas] cosas unos pocos minutos a la vez, aquí y allá”. Le pedí que pusiera sus ideas en un memorando que yo pudiera estudiar.¹ Pedir a las personas que pusieran sus pensamientos por escrito y me los enviaran fue una práctica que adopté después de aprender que muchos de los que querían reunirse conmigo o hablar por teléfono esperaban que yo escribiera sus ideas por ellos. Tuve que aprender que no tenía tiempo para hacer eso.

2. Un padre me escribió, cuando yo era presidente de BYU, solicitando que me reuniera y diera una “charla motivacional” a su

hijo de nueve años. Le respondí que “las responsabilidades de mi cargo me obligan a hacer muchas cosas que nadie más puede hacer, por lo que encuentro necesario delegar todo lo que otros pueden realizar”.² El principio de la delegación es uno que toda persona prominente y ocupada debe aprender y aplicar.

3. Después de ser llamado como Apóstol, un joven que había violado un mandamiento durante dos años pidió reunirse conmigo para poder “ser limpiado de este terrible pecado”. En respuesta, le pedí que viera a su obispo, dando esta explicación que todo líder experimentado debe ofrecer con frecuencia:

“[Su obispo] es quien puede ayudarle a hacer lo que necesita para que el sacrificio expiatorio de Jesucristo cumpla su propósito en su vida. Ningún mortal puede limpiarlo, pero el Salvador puede hacerlo si guarda Sus mandamientos. Debe ver a su obispo para este propósito, no a mí ni a ningún otro Autoridad General.”³

Si todos los Santos de los Últimos Días comprendieran ese principio, se reduciría considerablemente el correo que llega a las oficinas centrales de la Iglesia. La Primera Presidencia ha enseñado esto repetidamente en cartas leídas en las reuniones sacramentales. Su carta de 2008 incluye las siguientes explicaciones:

“El Señor, en Su sabiduría, ha organizado Su Iglesia de manera que cada miembro tenga un obispo o presidente de rama, y un presidente de estaca, distrito o misión, quienes sirven como consejeros espirituales y temporales. Tenemos plena confianza en la sabiduría y el juicio de estos líderes del sacerdocio. Por razón de sus llamamientos, los líderes locales tienen derecho al espíritu de discernimiento e inspiración para poder aconsejar a los miembros dentro de su jurisdicción.

“Por consiguiente, en la mayoría de los casos, la correspondencia de los miembros será remitida nuevamente a sus líderes locales para

que la atiendan. Los presidentes de estaca que necesiten una aclaración adicional sobre cuestiones doctrinales o de procedimiento pueden escribir a la Primera Presidencia en representación de sus miembros.”⁴

4. Al rechazar la solicitud de un miembro que deseaba hablar conmigo sobre diversas circunstancias en su familia, ofrecí esta razón:

“Hemos observado que cuando un miembro del Quórum de los Doce se reúne con miembros por asuntos personales, estos luego son incapaces de recibir ayuda de su obispo o presidente de estaca (quienes comprensiblemente piensan que el asunto está siendo tratado por los Doce y que no deben tocarlo). Eso resulta bastante perjudicial para el miembro, ya que el miembro del Quórum de los Doce probablemente estará en otra parte del mundo e inaccesible cuando se necesite el siguiente paso de ayuda, que a menudo requiere continuidad.”

Agregué este consejo, que aplica a muchas circunstancias de discordia en las relaciones familiares:

“El tipo de problema que describe en su carta es el que a menudo requiere mucho tiempo para resolverse. El camino del Salvador requiere paciencia y amplia oportunidad para que las personas (incluso aquellas que están equivocadas) usen su albedrío para tomar las decisiones necesarias para su crecimiento. Mientras tanto, otros deben soportar circunstancias dolorosas y ejercer una paciencia casi sobrehumana. Pero ese es el camino del Señor, y la Iglesia y Sus siervos no tienen forma de imponer algo diferente. Si no podemos ser pacientes con la circunstancia existente, los procesos de la ley civil son los únicos procesos coercitivos disponibles para nosotros.”⁵

5. Una carta de un recluso pedía que interviniera en el intento de su exesposa divorciada de cancelar su sellamiento en el templo. Le

aseguré del amor del Señor por él y de Su disposición a guiarlo en su vida futura. Continué:

“Pero va demasiado lejos cuando concluye que, si solo tiene suficiente fe, Él ‘sanará [su] relación y matrimonio’ con su exesposa. El Señor respeta nuestro albedrío —el de ella tanto como el suyo—. Él no anulará el albedrío de otra persona, sin importar cuánta fe tengamos en Él. Por consiguiente, creo que debería dirigir sus oraciones, en cuanto a la cancelación del sellamiento que ella busca, a pedir guía sobre lo que el Señor desea que usted haga por su bien, y luego poner su vida en Sus manos para que Él lo guíe en lo que deba hacer en el futuro. Creo que ese es el camino del crecimiento para usted y la manera en que podrá alcanzar la felicidad que busca.

“Veo que pronto será puesto en libertad condicional. Oro para que sea fuerte al continuar su terapia y al emprender la difícil tarea de reintegrarse en la sociedad y restablecer relaciones saludables con sus familiares y antiguos amigos. En esto debe buscar y seguir el consejo de su obispo. Él es el siervo del Señor y lo guiará conforme a la inspiración del Señor para su beneficio.”⁶

6. Una madre que se sintió maltratada por funcionarios de una institución educativa de la Iglesia escribió buscando la intervención o el consuelo de un Apóstol. Al responderle, apliqué lo que he aprendido sobre el valor de hablar con franqueza, aunque procurando hacerlo con amabilidad:

“En cada una de esas circunstancias [que ha mencionado] hay dos versiones: la que usted me ha contado y la que escucharía si preguntara a otros sobre los mismos hechos. Sé que hay dos versiones, ya que tengo toda una vida de experiencia (en mi profesión, en mis asignaciones en BYU y en la Iglesia) escuchando las clases de dificultades que usted relata en su carta. Mi admiración por alguien que enfrenta esas dificultades y sigue adelante, como usted lo ha hecho, es muy grande.

“Usted me pidió que le respondiera y le aconsejara. Me complace hacerlo, pero soy consciente de que lo que puedo lograr por carta, o incluso en persona, es bastante limitado. Es evidente que no puedo declarar que usted siempre ha tenido la razón en todo lo que ha hecho y que quienes trataron con usted siempre han estado equivocados. No puedo hacerlo sin hablar con los demás y realizar una revisión extensa de diversas circunstancias. Eso iría mucho más allá de mi llamamiento y no sería bueno para nadie.

“Todo lo que realmente puedo hacer en estas circunstancias (que no es tanto como lo que pueden hacer su propio obispo, familia y amigos) es aconsejarle que siga intentándolo y que ejerza la clase de paciencia que se nos llama a ejercer con quienes nos rodean.”⁷

Los líderes generales de la Iglesia no pueden reunirse con todos ni intervenir por todos los que solicitan su ayuda. Para que la Iglesia funcione como debe, los miembros deben buscar soluciones mediante la inspiración personal o el consejo de sus líderes locales.

1. Carta, agosto de 1971.
2. Carta, abril de 1980.
3. Carta, mayo de 1990.
4. Carta de la Primera Presidencia, 18 de marzo de 2008. La carta de la Primera Presidencia del 6 de octubre de 2010 es aún más directa.
5. Carta, alrededor de 1988.
6. Carta, julio de 2010.
7. Carta, noviembre de 1991.

Reconociendo la revelación

La revelación de Dios al hombre llega con distintos propósitos y de diferentes maneras.¹ Debería ser una realidad para todo Santo de los Últimos Días, ya que cada uno posee el don del Espíritu Santo. Sin embargo, algunos tienen dificultad para reconocer la revelación cuando llega.

Un misionero returnedo, casado y con tres hijos, me escribió: “¡Si tan solo pudiera saber que Dios existe!” A pesar de sus oraciones y sus años de estudio de las Escrituras, decía que aún carecía de la certeza del tipo de revelación que anhelaba.²

Mi respuesta describe lo que aprendí al meditar sobre cómo podría ayudarlo:

“Me parece que su principal preocupación es que siente que no está recibiendo respuesta a sus oraciones para obtener un testimonio. En un momento usted dice: ‘¿Por qué nunca ha habido comunicación entre Dios y yo—de persona a persona?’ En otro punto comenta que ha orado y que ‘nunca ha pasado nada.’

“Me pregunto qué espera como respuesta a sus oraciones. Me recuerda el ejemplo del profeta Elías, quien había escuchado la voz del Señor, pero quien aprendió en una ocasión que las comunicaciones del Señor vienen como ‘un silbo apacible y delicado’ (1 Reyes 19:12).

“Quizás sus oraciones ya han sido respondidas una y otra vez, pero usted ha tenido sus expectativas puestas en una señal tan grandiosa o en una voz tan fuerte que piensa que no ha recibido respuesta.”³

También podría haberme referido a dos ejemplos adicionales de los cuales aprendemos otras formas en que llega la revelación. Oliver Cowdery oró para recibir un testimonio de la veracidad de la traducción del Libro de Mormón y recibió una revelación que no reconoció en ese momento. Más tarde, el Señor le dijo por revelación a través del profeta José Smith:

“¿No te hablé paz a tu mente sobre el asunto? ¿Qué testimonio mayor puedes tener que el de Dios?” (Doctrina y Convenios 6:23).

Mucho después, José Smith dio esta descripción de otra forma de revelación:

“Una persona puede beneficiarse al notar la primera insinuación del espíritu de revelación; por ejemplo, cuando sienta fluir en él pura inteligencia, que le dé repentinos destellos de ideas... y así, al aprender a reconocer y entender el Espíritu de Dios, podrá progresar en el principio de revelación hasta llegar a ser perfecto en Cristo Jesús.”⁴

En cuanto al tema del testimonio, recordé al miembro de la Iglesia que me escribió que “las personas tienen diferentes dones espirituales. Como usted sabe... a algunos se les da el don de saber que ‘Jesucristo es el Hijo de Dios,’ y ‘a otros se les da creer en las palabras de ellos, para que también tengan vida eterna si permanecen fieles’ (Doctrina y Convenios 46:13–14). Quizás esa escritura sea la respuesta definitiva a su pregunta. Sin duda muestra que la vida eterna también está disponible para aquellos ‘que creen en sus palabras.’”⁵

La revelación llega de distintas maneras, y debemos estar abiertos para reconocerla y recibirla, aun cuando llegue como “un silbo apacible y delicado” (1 Reyes 19:12).

1. Véase Dallin H. Oaks, “Revelation,” *New Era*, septiembre de 1982, 38–46.
2. Carta, 5 de octubre de 1986.
3. Carta, octubre de 1986.
4. José Smith, *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia* (Salt Lake City: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 2007), 132.
5. Carta, octubre de 1986.

Etiquetas y tiempo

El poder de las ideas, en general, puede medirse en función de su importancia, es decir, por el alcance o la amplitud de su efecto. Cuantas más cosas pueda influir una idea, más poderosa será. Por ejemplo, algunas ideas pueden compararse con una roca que vuela por el aire. Dentro de su trayectoria y en su pequeño perímetro, una roca en movimiento puede tener un gran impacto; pero fuera de esa trayectoria, no tiene impacto alguno. En contraste, incluso una brisa suave es muy poderosa: puede beneficiar a millones al hacer girar molinos, mover veleros y secar el heno. Las ideas poderosas son así.

Dos ideas poderosas que aprendí más adelante en mi vida tienen que ver con el efecto de las etiquetas y la vital importancia del tiempo.

I.

En muchos entornos diferentes he observado cómo las personas pueden etiquetarse o caracterizarse a sí mismas —o permitir que otros las etiqueten o definan— de maneras que pueden frenar su progreso. Debemos tener cuidado de no definirnos o etiquetarnos por alguna cualidad temporal. La única característica que debería definirnos es que somos hijos o hijas de Dios. Ese hecho trasciende todas las demás características.

Sin embargo, hay quienes eligen definirse o etiquetarse por alguna característica temporal, como su ocupación, apariencia, honores, habilidad atlética o fama.

Cuando decidimos definirnos o etiquetarnos por algo que es temporal o trivial en términos eternos, restamos importancia a lo que realmente es más importante de nosotros y exageramos lo que es relativamente insignificante. Esta etiqueta puede llevarnos por un camino equivocado y obstaculizar nuestro progreso eterno.

Por ejemplo, una persona que se define a sí misma como un “fracasado” o “poco exitoso” tenderá a buscar —o a motivar a otros a buscar— cosas que interpreten su comportamiento bajo ese mismo lente. Eso tiene consecuencias muy distintas a que él y los demás vean esa característica como una tendencia temporal que necesita corregirse en el proceso de prepararse para graduarse, encontrar empleo o alcanzar la vida eterna.

“Debemos recordar siempre que somos hijos e hijas de Padres Celestiales, esforzándonos por ser dignos de nuestra herencia eterna bajo esa filiación.”¹

II.

Aprender la importancia del tiempo ha sido difícil para mí. Tengo la tendencia a pensar que, cuando tengo una idea, es el momento de ponerla en marcha; y cuando surge un problema, cuanto antes lo enfrente, mejor. Cuando hay una tarea por hacer, tiendo a pensar que debe hacerse ahora.

He tenido que aprender que, en la mayoría de las decisiones importantes, lo más importante es hacer lo correcto. En segundo lugar, y solo un poco detrás del primero, está hacerlo en el momento correcto. Si hacemos lo correcto en el momento equivocado, podemos frustrarnos y ser ineficaces. Incluso podemos llegar a confundirnos sobre si tomamos la decisión correcta, cuando lo que estuvo mal no fue nuestra elección, sino nuestro tiempo.

El élder Neal A. Maxwell me ayudó a entender el papel de la fe en este tema del tiempo.

La fe significa no solo confiar en la voluntad y la manera del Señor de hacer las cosas, sino también “confiar en Su tiempo.”² No debemos tratar de imponerle nuestro propio calendario al Señor. Él ha revelado que “todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora” (Eclesiastés 3:1) y que “todas las cosas deben suceder a su tiempo” (Doctrina y Convenios 64:32). El Señor está al mando, y Él hará Su propia obra en Su propio tiempo.

También he aprendido que el principio del tiempo del Señor ilustra la necesidad de la revelación continua, que es el medio por el cual Él administra Su tiempo. No basta con tener un llamamiento o incluso con ir en la dirección correcta. El tiempo también debe ser el adecuado; y si el tiempo no lo es, nuestras acciones deben ajustarse al calendario del Señor, tal como lo revela por medio de Sus siervos.

El tiempo del Señor también se aplica a los acontecimientos importantes de nuestra vida personal —como el nacimiento, el matrimonio y la muerte—.³

La manera en que nos etiquetamos —por características eternas o temporales— y nuestra disposición a aceptar o rechazar el tiempo del Señor son ideas poderosas que moldearán nuestras acciones y afectarán nuestra felicidad.

1. Basado en parte de mi mensaje devocional “Be Wise,” en BYU–Idaho, Rexburg, Idaho, 7 de noviembre de 2006.
2. Véase Neal A. Maxwell, *Even As I Am* (Salt Lake City: Deseret Book, 1982), 93.
3. Véase mi discurso titulado “Timing,” *Ensign*, octubre de 2003, 10–17.

Bendiciones del diezmo

Desde mi juventud siempre he pagado un diezmo completo. Aprendí este principio de mi madre. Una y otra vez he experimentado el cumplimiento de la promesa del Señor de que Él “abrirá las ventanas de los cielos, y derramará sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Y reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra” (Malaquías 3:10–11).

En un discurso de conferencia general sobre el diezmo, describí la enseñanza de mi madre:

“Durante la Segunda Guerra Mundial, mi madre, viuda, mantenía a sus tres hijos pequeños con el salario, escaso, de una maestra de escuela. Cuando empecé a darme cuenta de que prescindíamos de algunas cosas deseables porque no teníamos suficiente dinero, le pregunté a mi madre por qué entregaba tanto de su salario como diezmo. Nunca he olvidado su explicación:

‘Dallin, puede que haya personas que logren salir adelante sin pagar el diezmo, pero nosotros no. El Señor ha decidido llevarse a tu padre y dejarme a mí para criarlos a ustedes. No puedo hacerlo sin las bendiciones del Señor, y obtengo esas bendiciones al pagar un diezmo honrado. Cuando pago mi diezmo, tengo la promesa del Señor de que Él nos bendecirá, y debemos tener esas bendiciones si queremos salir adelante.’”¹

Para mostrar nuestra gratitud por esas bendiciones y para ilustrar lo deseable que es pagar el diezmo, siempre que June, nuestros hijos o yo experimentábamos una ventaja inesperada —como un ingreso adicional o una reducción de gastos— lo declarábamos “una

bendición del diezmo.” Nuestros hijos han continuado con esta práctica. Cuando ellos o sus familias reciben algún beneficio importante, lo reconocen también como “una bendición del diezmo.” Esto ayuda a los niños a reconocer y agradecer las bendiciones que provienen de pagar el diezmo.

También promuevo la identificación de las “bendiciones del diezmo” cuando enseño en conferencias de la Iglesia. Creo que la mayoría de los miembros que aún no disfrutan de las bendiciones de pagar el diezmo ya conocen el mandamiento. No necesitan un sermón sobre su importancia: necesitan aumentar su fe para pagarla. Los testimonios convincentes sobre las bendiciones del diezmo fortalecen esa fe y motivan la obediencia.

Quienes confían en las promesas del Señor pagan un diezmo completo y son bendecidos por hacerlo.

1. “Tithing,” *Ensign*, mayo de 1994, 33.

Pecados y errores

Una de las muchas cosas que aprendí más adelante en mi vida fue la diferencia entre pecados y errores. Ojalá la hubiera comprendido antes, pues me habría ayudado como padre y también como maestro del Evangelio. Después de recibir esta comprensión, la convertí en el tema de un discurso que di en la Universidad Brigham Young en agosto de 1994. El hecho de que no llegara a entender esta distinción sino hasta después de haberme convertido en maestro de tiempo completo del Evangelio me convence de que otros también podrían haber pasado por alto esta diferencia. Por ello incluyo los siguientes párrafos de ese discurso, que luego se publicaron en la *Ensign*:

“Deseo razonar acerca de un principio básico dado en la revelación moderna, aunque no tan bien comprendido ni aplicado como debería serlo. . . .

“Tres versículos de Doctrina y Convenios identifican un contraste importante entre los pecados y los errores. Nunca había meditado en estos versículos hasta que... estaba leyendo Doctrina y Convenios por la decimoquinta o vigésima vez. Su enseñanza vino a mi mente con tanta frescura e impacto que pensé que tal vez habían sido recién insertados en mi libro. Así es el estudio de las Escrituras con oración: las Escrituras no cambian, pero nosotros sí, y por eso los mismos pasajes pueden darnos nuevas perspectivas cada vez que los leemos.

“La sección 20 de Doctrina y Convenios, dada el mismo mes en que se organizó la Iglesia, es la revelación básica sobre el gobierno de la Iglesia. Contiene un versículo que da esta importante instrucción: ‘Cualquier miembro de la iglesia de Cristo que transgreda, o sea

sorprendido en alguna falta, será tratado según lo indiquen las Escrituras' (v. 80).

“La clara implicación de este versículo es que ‘transgredir’ es diferente de ‘ser sorprendido en una falta,’ pero que ambos tipos de conducta deben tratarse según las Escrituras.

“Las Escrituras contienen varias instrucciones sobre cómo tratar a los miembros, pero la orientación clave se encuentra en dos versículos de la revelación de noviembre de 1831 dada como prefacio del libro que hoy conocemos como Doctrina y Convenios:

‘Y en cuanto erraren, les sería dado a conocer...

“Y en cuanto pecaren, serían castigados para que se arrepintiesen’ (vv. 25, 27).

“En estos versículos, ‘transgredir’ es distinto de ‘estar en falta,’ y ‘errar’ es diferente de ‘pecar.’ Creo que en estas Escrituras *pecar* y *transgredir* significan lo mismo. De igual modo, *errar* y *estar en falta* son equivalentes. Para referirme a esta segunda categoría usaré una descripción más familiar: ‘cometer un error.’

“Tanto los pecados como los errores pueden hacernos daño y ambos requieren atención, pero las Escrituras indican tratamientos diferentes. Morder un cable eléctrico encendido o lanzarse de cabeza al agua de profundidad incierta son errores que deben darse a conocer para que puedan evitarse. Las violaciones a los mandamientos de Dios son pecados que requieren corrección y arrepentimiento. En el proceso de tratamiento no debemos exigir arrepentimiento por los errores, pero se nos manda predicar la necesidad del arrepentimiento por los pecados. . . .

“La distinción entre pecados y errores es importante para nuestras acciones en el ámbito de la política y los debates de políticas públicas. Hemos visto acusaciones amargas entre Santos de los

Últimos Días que discrepan sobre las políticas que un gobierno debe seguir, los partidos que deben apoyar o las personas que deben ser elegidas como funcionarios. Tales desacuerdos son inevitables en un gobierno representativo. Pero no es inevitable que resulten en condenas personales o sentimientos hostiles, como se describe en la prensa o en conversaciones personales.

“Colocamos los desacuerdos políticos en el contexto adecuado cuando recordamos que, aun si nuestros adversarios políticos están tomando una decisión equivocada (según nosotros suponemos), eso generalmente es un error y no una transgresión. (Por supuesto, hay algunas políticas públicas tan estrechamente ligadas a cuestiones morales que puede haber solo una posición moralmente correcta, pero eso es raro.) . . .

“Aun cuando los padres hayan enseñado a sus hijos todos los mandamientos y principios necesarios para una vida recta y prudente, todavía son susceptibles al grave error de no distinguir entre errores y pecados. Si los padres bien intencionados llaman al arrepentimiento a sus hijos adolescentes por sus numerosos errores, pueden diluir el efecto de la corrección y reducir el impacto del arrepentimiento en la categoría de los pecados adolescentes que realmente lo requieren. . . .

“Los pecados resultan de la desobediencia deliberada a leyes que hemos recibido por enseñanza explícita o por el Espíritu de Cristo, que enseña a todo hombre los principios generales del bien y del mal. Para los pecados, el remedio es corregir y fomentar el arrepentimiento.

“Los errores resultan de la ignorancia de las leyes de Dios o del funcionamiento del universo o de las personas que Él ha creado. Para los errores, el remedio es corregir el error, no condenar al individuo.”¹

Existe una diferencia importante entre un pecado, que requiere arrepentimiento, y un error, que solo necesita ser corregido.

1. “Sins and Mistakes,” *Ensign*, octubre de 1996, 62–67.

Mirando hacia el futuro

A lo largo de mi vida adulta he aprendido que existen algunas desventajas y también algunas ventajas en intentar mirar hacia el futuro.

Una advertencia escritural en el Libro de Mormón ilustra una de las desventajas de intentar mirar hacia el futuro. El profeta Jacob describió a un pueblo que “menospreciaron las palabras de claridad... y procuraron cosas que no podían entender” (Jacob 4:14). Él explicó que esto los hizo caer, porque cuando las personas “miran más allá del objeto”, Dios les quita la claridad y les da lo que buscaban: cosas que no pueden comprender.

Pienso en esta advertencia escritural contra “mirar más allá del objeto” cuando recibo cartas que preguntan, por ejemplo, cómo debemos planear la edificación de la Nueva Jerusalén, o que buscan conocer la posición exacta en el reino celestial de una persona que ha vivido una buena vida pero nunca se ha casado, o de un matrimonio en el que el esposo está (o no está) sellado a más de una mujer. No conozco las respuestas a estas y muchas otras preguntas semejantes. Lo que sí sé es que, cuando tenemos incertidumbre respecto a algún principio del Evangelio o a un acontecimiento futuro, por lo general es mejor actuar conforme a lo que sí sabemos y confiar en un Padre Celestial amoroso para que nos dé más conocimiento cuando realmente lo necesitemos. Si procuramos comprender mejor y vivir más plenamente los principios básicos del Evangelio, mientras confiamos en Dios respecto al resultado—sin buscar conocer detalles que no se nos han revelado y que

probablemente no entenderíamos aunque los tuviéramos—, se nos concederá la paz para vivir con cualquier incertidumbre.

Un recuerdo de una conversación entre padre e hijo, ocurrida hace muchos años, ilustra la importancia de actuar conforme a lo que sabemos y confiar en el Señor para recibir mayor conocimiento cuando los acontecimientos futuros lo hagan realmente necesario. Uno de mis hijos recuerda que vino a mí con una de esas preguntas incómodas y difíciles sobre la historia de la Iglesia. Cuando relató esta experiencia, ni siquiera pudo recordar cuál había sido la pregunta, y eso ya es significativo en sí mismo. Pero lo que sí recordaba, y lo que le había quedado grabado a lo largo de los años, fue mi respuesta. Me dijo que yo le había contestado: “No lo sé, hijo, pero lo que sí sé es que José Smith fue un profeta de Dios.”

Aunque hay ciertas desventajas en intentar mirar demasiado lejos hacia el futuro, las ventajas de hacerlo (o las desventajas de no hacerlo) son probablemente más comunes. Pronuncié un discurso sobre este tema en la Universidad Brigham Young titulado “¿A dónde conducirá?”. Allí describí algunas tendencias sociales y decisiones personales que seguramente traerán grandes problemas en el futuro. Entre los muchos ejemplos mencioné “las terribles [futuras] consecuencias de participar de cualquier cosa que pueda crear adicción.”¹ Aquí compartiré un ejemplo adicional que ha contribuido a mi aprendizaje personal sobre la importancia de mirar hacia el futuro y preguntar: “¿A dónde conducirá?”

Durante gran parte de mi vida profesional, comenzando con mi servicio como presidente de BYU, he recibido recomendaciones y consejos sobre decisiones que debía tomar. A veces, distintas personas daban consejos muy diferentes. Del mismo modo, recibí muchas cartas de estudiantes, profesores, exalumnos y padres ofreciendo sugerencias sobre lo que la universidad debía hacer.

Nuevamente, los consejos eran a veces muy variados. Continúo recibiendo cartas de ese tipo en mi función como Autoridad General.

La lección que aprendí desde temprano, y que me ha resultado sumamente valiosa, tiene que ver con mirar hacia el futuro. Al decidir qué importancia debía dar a un consejo en particular, me preguntaba: “¿Qué responsabilidad tendrá esta persona en el futuro por las consecuencias del consejo que ahora ofrece?” Luego, daba mayor peso a los consejos provenientes de personas que tendrían que vivir con las consecuencias (por ejemplo, administrarlas) de la decisión. Y daba el menor peso a los consejos de quienes solo compartían una opinión, preferencia o inclinación, sin tener que asumir responsabilidad alguna por las consecuencias.

Durante la semana en que escribí estas palabras, escuché al presidente Thomas S. Monson hacer un comentario que expresa esa misma sabiduría. En una discusión sobre diversas alternativas en cuanto a una política de la Iglesia, observó—con la sabiduría que proviene de la experiencia (en este caso, la de un marinero de la Marina de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial)—que “nadie cuida un barco como aquellos que deben navegar en él.”

Intentar mirar hacia el futuro conlleva el riesgo de “mirar más allá del objeto”, pero también tiene las ventajas que provienen de preguntarse: “¿A dónde conducirá?”

1. En *Brigham Young University 2004–2005 Devotional and Fireside Speeches* (Provo, Utah: Brigham Young University, 2005), 237–248; *BYU Magazine*, verano de 2005, 33–40.

Principios versus preferencias

En nuestras decisiones personales debemos ser conscientes de la importante diferencia entre las decisiones que deben regirse por principios (incluyendo los mandamientos del Señor) y aquellas que pueden basarse en preferencias personales. Aprendemos a reconocer y aplicar esta diferencia con la experiencia. El resultado de ese aprendizaje es la sabiduría, la cual las Escrituras nos enseñan a adquirir y buscar (Alma 32:12; Doctrina y Convenios 6:7).

La diferencia entre decisiones basadas en principios y decisiones basadas en preferencias es especialmente importante para los padres, quienes deben mantenerse firmes en los principios que enseñan a sus hijos, pero al mismo tiempo ser flexibles en los asuntos que pueden dejarse al gusto personal de ellos y de sus hijos. Por ejemplo, toda familia tiene ciertos “sí” y “no”: reglas y procedimientos que rigen la manera en que la familia funciona en conjunto. Algunas de esas reglas se basan en principios eternos, establecidos por los mandamientos de Dios y enseñados por Sus siervos. Otras reglas y procedimientos familiares —probablemente la mayoría— son simplemente expresiones de las preferencias de los padres y los hijos.

Por ejemplo, la manera en que nos vestimos es una cuestión tanto de principio como de preferencia. Cuando asistimos a la adoración, ya sea en la reunión sacramental o en el templo, debemos escoger ropa y calzado que reflejen nuestro respeto por el acto de adoración y por Aquel a quien adoramos. Las preferencias personales, por supuesto, se aplican a muchas de nuestras decisiones, pero si esas decisiones nos llevan a elegir ropa o calzado similares a los que

usaríamos para ir a la playa o para hacer las tareas del hogar o del corral, habremos violado un principio que prohíbe la informalidad o la falta de reverencia cuando entramos en la casa del Señor.

Es importante que las reglas basadas en principios no se confundan con las reglas basadas en preferencias. Los niños necesitan entender que ciertas instrucciones de los padres son asuntos de bien y mal, los cuales deben ser iguales en todas las familias, pero que muchas reglas y procedimientos familiares son cuestiones de preferencia parental. Comprender esta distinción evitará la confusión cuando vean diferencias entre la manera en que su familia hace las cosas y cómo se hacen esas mismas cosas en otras familias fieles de Santos de los Últimos Días.

Comprender la diferencia entre principios y preferencias también ayudará a un esposo y una esposa recién casados a reconciliar las distintas costumbres y gustos de las familias en las que crecieron. Mientras se mantienen firmes en los principios, la pareja recién casada tendrá que decidir qué preferencias adoptarán para su propia familia. Recuerdo haber hecho esta distinción hace muchos años. Como cuestión de principio, June y yo decidimos que tendríamos una oración familiar de rodillas cada mañana. En los asuntos de preferencia, tomamos decisiones individuales que respondían a la intensidad de los deseos del otro. Así, en un asunto relativamente trivial, recuerdo haber cedido ante la costumbre familiar de los Dixon de preparar el relleno del pavo del Día de Acción de Gracias húmedo, en lugar del relleno seco que mi familia siempre prefería.

Reconocer la diferencia entre principio y preferencia, y aplicarla a las muchas decisiones que una pareja recién casada debe tomar, puede evitar dificultades y pesares. Del mismo modo, reconocer esta diferencia en otras decisiones de nuestra vida también puede ser de gran ayuda.

Algunas decisiones personales deben basarse en principios, y otras pueden basarse en preferencias.

Precaución al compartir experiencias espirituales

Después de que hablé en la conferencia general sobre la manera en que fui milagrosamente preservado del peligro durante un intento de robo en las calles de Chicago,¹ un miembro de la Iglesia me escribió preguntando por qué nuestros líderes rara vez hablan de experiencias espirituales milagrosas. Dijo que esto hacía que algunos miembros se preguntaran si tales experiencias —comunes en los primeros años de la Restauración— aún ocurrían. Mi respuesta, que incluye lo que aprendí al meditar sobre esta pregunta, se resume a continuación.

Dos revelaciones tempranas nos indican tener cautela al hablar de cosas sagradas:

“Acuérdate que lo que viene de arriba es sagrado, y debe hablarse con cuidado y por constreñimiento del Espíritu; y en esto no hay condenación” (Doctrina y Convenios 63:64).

Del mismo modo, después de prometer nuevamente que las señales seguirían a los que creyeran, el Salvador declaró:

“Mas les doy mandamiento de que no se jacten de estas cosas, ni las hablen delante del mundo; porque estas cosas os son dadas para vuestro provecho y para salvación” (Doctrina y Convenios 84:73).

Debido a estas enseñanzas de las Escrituras y a otras razones, los líderes y miembros de la Iglesia por lo general se abstienen de hablar públicamente de milagros o experiencias espirituales sagradas. En

esto seguimos el ejemplo de María, quien “guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (Lucas 2:19).

Existen, sin embargo, excepciones. Hablamos de cosas sagradas cuando el Espíritu nos impulsa con fuerza a hacerlo. Cuando esto sucede, por lo general es ante un público íntimo, como la familia inmediata o amigos cercanos y de confianza.

A quienes se preguntan si los milagros y otras experiencias espirituales sagradas aún ocurren, les afirmo que sí ocurren, pero reconozco que nuestros miembros parecen compartirlas con menos frecuencia que en tiempos anteriores. ¿Por qué?

La mejor explicación es nuestra comprensión actual de las escrituras citadas anteriormente. También influye el predominio de lo racional sobre lo sobrenatural en nuestra educación, nuestra manera de pensar y nuestra forma de hablar. Además, dudamos en compartir experiencias espirituales preciosas cuando esto podría provocar intentos irrespetuosos de ridiculizarlas o de explicarlas racionalmente, algo común en las sociedades seculares modernas. Tal vez nuestra comprensión de la advertencia del Salvador de no echar las perlas delante de los cerdos (Mateo 7:6) contribuya a esa reserva.

En contraste, en sociedades donde lo racional no ha desplazado tanto a lo sobrenatural, las experiencias espirituales se relatan y comparten con mayor frecuencia.²

Espero que nuestra tendencia como Santos de los Últimos Días a hablar poco de los milagros modernos, y mucho de los frutos visibles de nuestra fe y de los logros admirables de los miembros más conocidos de la Iglesia, no lleve a nadie a pasar por alto los milagros y las ricas experiencias espirituales privadas de muchos Santos de los Últimos Días menos reconocidos.

Debido a las enseñanzas de las Escrituras, y reforzados por el escepticismo de las sociedades seculares modernas, los Santos de los Últimos Días son cautelosos al compartir experiencias espirituales milagrosas.

1. “Bible Stories and Personal Protection,” *Ensign*, noviembre de 1992, 39–40.
2. Véase, por ejemplo, Eric B. Shumway, *Tongan Saints: Legacy of Faith* (Laie, Hawái: Institute for Polynesian Studies, 1991).

La muerte de un cónyuge

Aprendí lo que significa sufrir la muerte de un cónyuge amado. Otros han tenido o tendrán la misma experiencia. Comparto aquí lo que aprendí, sabiendo que solo algunas de mis experiencias y conclusiones serán verdaderas para todos. En este tema, mucho es individual y personal.

Cuando perdemos a nuestro cónyuge, por lo general no somos conscientes de cuán profundamente heridos estamos. Durante un tiempo no funcionamos bien, ni física ni mentalmente. No deberíamos tomar decisiones importantes hasta haber recuperado cierta estabilidad. El tiempo necesario para lograrlo varía en cada persona. En mi caso, pasó aproximadamente un año antes de sentirme capaz de confiar en mí mismo para tomar una decisión personal importante.

Al mirar atrás en mi proceso de sanación tras la muerte de June, creo que hubo tres recuerdos principales en los que me apoyé para hallar consuelo. A veces me refería a ellos como mi “banquillo de tres patas.”

El primer recuerdo fue mi fe absoluta en la realidad de la Resurrección. Como mi fe y conocimiento sobre este tema no me son exclusivos, no diré más al respecto aquí.¹

El segundo recuerdo fue saber que, aunque no había sido un esposo perfecto y deseaba haber hecho muchas cosas mejor, nunca traicioné la confianza de June ni violé nuestros convenios matrimoniales.



Cementerio, julio de 1998

El tercer recuerdo fue el de haberla cuidado personalmente durante su última enfermedad, haciendo todo lo que me pidió y estaba dentro de mi poder. Fuimos bendecidos al poder librar su batalla contra el cáncer en casa (salvo por un solo día de hospitalización), rodeada de sus seres queridos. Tuvimos suficiente tiempo para hablar de lo que vislumbrábamos del futuro y para recibir una medida de cierre y paz.

Estos tres recuerdos se relacionaban con lo que precedió la muerte de June. La cuarta gran influencia en mi proceso de sanación fue el duelo mismo que experimenté tras su partida y lo que hice para procesarlo y reducirlo hasta que ya no me resultara incapacitante. Cada cónyuge sobreviviente enfrenta este proceso a su manera. Para mí, la forma de canalizar y suavizar mi dolor estuvo estrechamente ligada a escribir una historia de la vida de June.

Esta tarea, que duró un año, comenzó como una dulce distracción para cumplir su deseo de que nuestra posteridad la conociera tanto como me conocería a mí. Afortunadamente, preparar esa historia se convirtió en el paso esencial y culminante en mi sanación de las heridas causadas por su muerte.

Tuve abundantes fuentes: los diarios de June y los míos, los escritos de nuestros seis hijos y algunos recuerdos y tributos escogidos entre los cientos de cartas recibidas tras su fallecimiento. Noche tras noche, leía esas fuentes y revivía nuestros cuarenta y siete años y medio juntos (incluido nuestro año y medio de noviazgo). Leía y lloraba, escribía y lloraba. Esa dulce experiencia no solo dio lugar a una historia extensa publicada privadamente para nuestra familia, sino que sacó a la superficie y apaciguó mi dolor.

Emprendí esa historia como mi último servicio mortal para ella, pero sin duda se convirtió en lo más esencial para mí.

Otros encontrarán actividades diferentes que los ayuden a atravesar su propio período de duelo. Cualquiera sea la actividad, mi experiencia me convence de que debe incluir una revisión organizada de la vida del cónyuge y que debe ser algo que pueda concluirse, para simbolizar el final de esa etapa intensa de tristeza.

Para mí, ese punto final fue la conclusión de la historia de June y su entrega a nuestros hijos y nietos poco antes del primer aniversario de su muerte. Poco después, el Espíritu me susurró que era hora de dejar de afligirme y seguir adelante con mi vida.

“Todo tiene su momento oportuno; hay un tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo” (Eclesiastés 3:1).

Cuando somos heridos por la muerte de un cónyuge, debemos darnos tiempo para llorar y realizar actividades que nos ayuden en ese proceso. Luego, a su debido tiempo, debemos reconocer nuestra sanación y continuar con nuestras vidas.

1. Tan pronto como sentí que podía confiar en mis emociones, di un discurso en la conferencia general en el que incluí mi testimonio de la Resurrección. Véase “The Gospel in Our Lives,” *Ensign*, mayo de 2002, 34–35.

Segundo matrimonio

La decisión de una persona que ha perdido a su cónyuge de volver a casarse es profundamente personal. Depende de muchas circunstancias individuales, como la edad de los posibles cónyuges y de los hijos, las implicaciones económicas, e incluso lo que se sepa o se sienta respecto a los deseos del cónyuge fallecido. Con la esperanza de beneficiar a otros que decidan —como yo lo hice— volver a casarse, comparto aquí algunas de las lecciones que aprendí al enfrentar los desafíos y las bendiciones de un segundo matrimonio.

Lo que aprendí está estrechamente relacionado con mis circunstancias personales. June y yo habíamos estado casados cuarenta y seis años cuando ella falleció. Yo tenía entonces sesenta y seis años, seis hijos ya casados y veintitrés nietos.

Dos acontecimientos muy importantes que facilitaron mi adaptación al nuevo matrimonio ocurrieron antes de la muerte de June. Aunque fueron únicos en los detalles de nuestra experiencia, los menciono porque encierran principios aplicables a muchos otros casos.

Primero, June aprobó que yo volviera a casarme. Como mencioné antes, durante su año de batalla contra el cáncer llegó a darse cuenta de que moriría antes que yo. Aunque yo nunca quise hablar de la posibilidad de un nuevo matrimonio, ella lo hizo con frecuencia con nuestras cuatro hijas. Les expresó que sabía que yo necesitaría volver a casarme y que, cuando ese momento llegara, ellas debían ayudarme a encontrar una compañera que se integrara bien en nuestra familia y que la acogieran con cariño.

Esa fue una preparación sabia de su parte, y resultó muy importante para todos nosotros. No comencé a buscar esposa hasta que cada una de mis hijas vino individualmente a decirme que estaban listas para que yo me casara de nuevo. No querían que estuviera solo y se sentían emocionalmente preparadas para que diera ese paso. Mi decisión de volver a casarme no fue un problema para nuestros dos hijos varones.

Segundo, sin anticipar en absoluto que June moriría antes que yo, llevé registros durante todo nuestro matrimonio de los regalos y herencias que ella había recibido de sus padres, incluidos los bienes que compramos con esos recursos. Gracias a eso, después de su muerte, pude entregar a nuestros hijos su herencia materna (y la de sus abuelos maternos) dentro del año siguiente.

Esto se hizo mediante la transferencia de bienes de valor monetario y también con una división amorosa de objetos sentimentales. Realicé esa distribución temprana para que, cuando llegara el momento de volver a casarme, ninguno de los hijos sintiera temor — como a veces observé en mi carrera como abogado, juez o líder de la Iglesia— de que “la nueva esposa” heredara algo que pertenecía a “mamá”. Quise eliminar esa posible preocupación mucho antes de volver a casarme y de firmar un acuerdo prenupcial apropiado con una nueva esposa. Así fue.

La decisión más importante en un nuevo matrimonio —eternamente importante y profundamente personal— es, por supuesto, la identidad del segundo cónyuge. Para los Santos de los Últimos Días, esta decisión es objeto de un cuidadoso estudio (lo que algunos llamarían “debida diligencia”) y de ferviente oración. Aplicando una frase familiar: se estudia como si todo dependiera de uno, y se ora como si todo dependiera del Señor.

He recibido muchas preguntas acerca de cómo encontré a mi segunda esposa, incluso una de un hombre que me escribió pidiéndome que describiera mi “plan de acción.” Mi respuesta a él resume la esencia de lo que deseo compartir aquí:

“No tenía ningún ‘plan de acción’, excepto orar por guía. Después de unos dos años, sentí una fuerte presión por parte de mis hijas, confirmada por mi propio sentimiento, de que había llegado el momento de buscar una compañera. En ese punto hice algunas consultas discretas entre amigos y, con la ayuda de la inspiración del Señor, pronto fui presentado a Kristen.”¹

En mi posición visible como Autoridad General, consideré inapropiado tener citas en público. El tiempo que dediqué a conocer a Kristen lo pasé en compañía de la familia: mis hijos, mis hermanos, los hermanos de June y los familiares de Kristen. Seguí la conocida sabiduría de que es prudente observar a un posible compañero eterno en una variedad de circunstancias. Nosotros y nuestros familiares llegamos a conocernos mutuamente, y de este modo fui bendecido con la aprobación de nuestros seis hijos antes de proponerle matrimonio a Kristen. Quienes conocieron a Kristen McMain entonces, y quienes han llegado a conocer a Kristen M. Oaks ahora, fácilmente reconocen por qué ella fue la mujer ideal para convertirse en parte de nuestra familia y para estar a mi lado en las grandes responsabilidades de mi llamamiento.

Mencionaré solo algunas consideraciones que influyeron en mi decisión, algunas en el ámbito de la razón y otras en el de la revelación. Los muchos años que Kristen pasó como persona soltera, su servicio misional (en Japón), su grado doctoral de la Universidad Brigham Young (en educación), su inteligencia, fidelidad, habilidad como oradora y maestra, y su amoroso servicio hacia los demás,² la prepararon de manera ideal para las responsabilidades que vinieron con nuestro matrimonio. En la manera en que fui guiado para

conocerla, en la respuesta a mis oraciones en busca de dirección y en la sagrada confirmación que recibí de la aprobación de June, obtuve la confirmación reveladora que había buscado.



Dallin y Kristen Oaks

También fue importante para ambos que Kristen se sintiera cómoda con la idea de convertirse en una “segunda esposa”. Ella comprendía la doctrina eterna de las relaciones familiares. Estaba pasando a formar parte de una unidad familiar eterna ya existente, y siempre ha mostrado el deseo de honrar e incluir a June. En homenaje a June, ella suele decir: “Estoy muy agradecida por la influencia de una mujer recta que refinó a Dallin y a los hijos hasta convertirlos en el esposo y la familia que amo hoy.”

He aprendido, por medio de muchas cartas recibidas desde mi nuevo matrimonio, que muchas personas que han perdido a su cónyuge tienen preguntas acerca de los efectos que un segundo matrimonio

puede tener sobre las relaciones familiares en la eternidad. Hay tantas circunstancias diferentes que involucran a padres e hijos, y sabemos tan poco sobre las condiciones de la vida venidera, que no es posible responder a la mayoría de esas preguntas. Algunas doctrinas del Evangelio solo se nos han revelado parcialmente. A menudo, debido a que no las comprendemos en su totalidad, no podemos saber cómo se aplicarán a nuestras circunstancias individuales.

Lo que sí sabemos es suficiente para guiarnos en nuestras decisiones mortales. Sabemos que tenemos un amoroso Padre Celestial y un amoroso Salvador, Jesucristo. Confiamos en la eficacia de los convenios del templo que han sido honrados por quienes los han hecho. Confiamos en el plan divino de salvación y en su amoroso Autor. Sabemos que el albedrío (el poder de escoger) que Dios nos ha otorgado es un principio eterno fundamental, y que Él no lo violará forzando a ninguno de Sus hijos a mantener relaciones familiares que no elijan. Confiamos en Dios, sabiendo que todo esto —incluido un segundo matrimonio en Su templo—, cuando los convenios se honran, resultará en la mayor felicidad posible para todos los involucrados.

Ya sea que una persona que ha perdido a su cónyuge decida contraer un segundo matrimonio o no, esa es una decisión muy personal que depende de muchas circunstancias individuales. Yo fui bendecido con abundante ayuda y guía, las cuales me condujeron a una compañera ideal.

1. Carta, 14 de enero de 2011.
2. Su excelente libro *A Single Voice* (*Una voz individual*, Salt Lake City: Deseret Book, 2008), que le animé a escribir para ayudar a los miembros solteros de la Iglesia y a sus líderes, es una amplia evidencia de estas importantes cualidades.

Dar la mano en las conferencias de estaca

Al comienzo de mi servicio como Autoridad General, aprendí que debía dar la mano a las personas de la congregación —tantas como fuera posible— antes de que comenzara la conferencia de estaca. Necesitaba esa interacción personal para ayudarme con el mensaje que iba a dar, y pronto descubrí que, para muchos, esa experiencia sería recordada mucho tiempo después de que hubieran olvidado mis palabras.

Mi primera asignación de conferencia de estaca después de la muerte de June, en julio de 1998, tuvo lugar solo un mes después. Di la mano como de costumbre. Años más tarde recibí esta preciosa carta, que confirmó la importancia de saludar a los miembros e investigadores antes de aquella conferencia de estaca:

“Había estado reuniéndome con los misioneros durante varios meses y simplemente no me sentía completamente convencida de que todo lo que me enseñaban fuera cierto. Fue a principios de septiembre, o quizás a fines de agosto, cuando me informaron que uno de los apóstoles del Señor visitaría Prescott, Arizona (mi ciudad natal), y hablaría en algo que llamaban ‘conferencia de estaca’. Como puedes imaginar, me invitaron a ir. Aunque me avergüenza admitirlo, estaba más escéptica que otra cosa. Deseaba con todas mis fuerzas que lo que me enseñaban fuera verdad, porque sonaba tan maravilloso y yo era tan infeliz. Pero me parecía tan absurdo creer que hubiera apóstoles vivientes. Finalmente decidí ir. Tenía curiosidad por saber cómo sería ese ‘apóstol’ o qué diría. Recuerdo haber pensado que si

los pastores o ministros de las iglesias a las que había asistido antes parecían creer que eran un poco mejores que yo, seguramente alguien que afirmara ser un apóstol no dudaría en pensar lo mismo de las personas a las que predicaba. Qué equivocada estaba.

No puedo decir que recuerde nada de lo que dijo en su discurso. ¡Cuánto quisiera poder recordarlo! Pero sí recuerdo el tono de cuidado y preocupación en su voz, y cómo trató de aplicar lo que decía a todos los presentes, desde los más jóvenes hasta los mayores. Recuerdo cuando fue saludando a todos y cómo, cuando llegó a mí, me miró directamente a los ojos. Nunca había visto ojos como esos: tan puros y llenos de gozo. Supe que deseaba que los míos fueran así, porque entendí cuán feliz me sentiría por dentro si lo fueran. (¡Es asombroso lo que puede comunicarse en una fracción de segundo!) Así que escuché el resto de su discurso y me sentí muy bien. Sabía que inmediatamente después los misioneros se acercarían a preguntarme qué había pensado y probablemente si quería bautizarme. Aunque me sentía bien, todavía tenía un poco de inquietud..."



Reuniéndome con miembros de la Iglesia, Corea, 2010

“Élder Oaks, desde que era una niña siempre pensé que una de las peores cosas que podía pasar en la vida era perder al cónyuge. Al final de su discurso, mientras se cantaba el himno de clausura, hojeé el programa y leí el pequeño extracto que habían escrito sobre usted. Decía que esta era su primera asignación para hablar desde la muerte de su esposa... En ese momento sentí al Espíritu envolverme, al darme cuenta de que alguien cuyos ojos podían reflejar tanta luz, tan poco tiempo después de una tragedia así, tenía que formar parte de algo milagroso, y supe que debía ser esta Iglesia. Fui a buscar a los misioneros, les dije que quería bautizarme lo antes posible, y fui bautizada unas semanas después.”¹

Es en nuestras interacciones personales unos con otros donde es más probable que encontremos la influencia y el poder transformador del Espíritu.

1. Carta, 22 de septiembre de 2003.

Buenos frutos de fuentes improbables

El profeta José Smith declaró: “Nunca les dije que era perfecto; pero no hay error en las revelaciones que les he enseñado.”¹ Por necesidad, el Señor realiza Su obra a través de personas imperfectas, lo cual debería ser un consuelo para cada uno de nosotros.

A partir de dos experiencias —separadas por más de veinte años— he aprendido que el Señor a veces utiliza incluso a personas pecadoras para llevar cosas buenas a la vida de Sus hijos.

En 1978, el grupo Young Ambassadors de la Universidad Brigham Young recibió una cálida acogida durante sus presentaciones en la Unión Soviética. Mis comentarios públicos al respecto generaron una carta de un miembro de la Iglesia que también había viajado a la URSS y había visto muchas cosas buenas que se habían logrado bajo aquel gobierno comunista. El remitente escribió:

“Es extraño cómo los árboles ‘corruptos’ pueden dar buenos frutos y cómo los higos brotan de los cardos. Trágico que realmente entendamos tan poco.”²

Le respondí: “Supongo que podemos entenderlo cuando miramos las cosas a través de la perspectiva del tiempo y con la comprensión de un Dios misericordioso, que no solo observa las comodidades externas de la vida sino también el crecimiento interior del alma. Por mi parte, tengo la confianza de que, cuando podamos ver las cosas de esa manera, se confirmarán las enseñanzas de los profetas.”³

Más de veinte años después, tuve otra experiencia que me enseñó una vez más este paradójico principio. Conversé con un hombre que había sido excomulgado de la Iglesia. Había cometido graves transgresiones durante un período de tiempo mientras ocupaba un cargo importante en la Iglesia, en el cual aconsejaba a otros miembros.

Reconoció la gravedad de sus pecados y explicó que el Espíritu se había retirado de su vida personal y de sus responsabilidades familiares. Sin embargo, dijo que el Espíritu había continuado ayudándolo en cierta medida. Había sentido Su influencia para poder desempeñar sus deberes en su llamamiento, y también había percibido sus bendiciones en la vida de aquellos a quienes había guiado.

Me comentó que para él era significativo saber que el Señor no permitiría que las personas que acudían a él en busca de consejo — confiando en su llamamiento — sufrieran perjuicio por causa de sus pecados.

Esa fue una nueva comprensión para mí, y me sentí agradecido con este hermano arrepentido por haberme ayudado a aprender al compartir su experiencia personal.

El Señor a veces utiliza incluso a personas pecadoras para llevar cosas buenas a la vida de Sus hijos.

1. José Smith, *Teachings of Presidents of the Church* (Salt Lake City: The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 2007), 522.
2. Carta, septiembre de 1978.
3. Carta, septiembre de 1978.

Testimonio de Jesucristo

A lo largo de mi vida he llegado a comprender mejor el verdadero significado de tener un testimonio de Cristo.

Somos seguidores de Cristo y siervos de Cristo, y testificamos de Él. Como uno de los testigos especiales de Su nombre en todo el mundo (DyC 107:23), testifico junto con el profeta-rey Benjamín, del Libro de Mormón, que “no hay otro nombre dado ni otro medio por el cual venga la salvación a los hijos de los hombres, sino en y por medio de Cristo, el Señor Omnipotente” (Mosíah 3:17).

Jesucristo es el Hijo Unigénito de Dios el Padre Eterno. Es el Creador de este mundo. A través de Su incomparable ministerio terrenal, Él es nuestro Maestro. Gracias a Su resurrección, todos los que han vivido serán levantados de entre los muertos. Él es el Salvador, cuyo sacrificio expiatorio pagó por el pecado de Adán y abre la puerta al perdón de nuestros pecados personales, para que podamos ser limpios y regresar a la presencia de Dios, nuestro Padre Eterno.

Este es el mensaje central de los profetas de todas las edades. El profeta José Smith expresó esta gran verdad en el tercer Artículo de Fe:

“Creemos que por la Expiación de Cristo, todo el género humano puede ser salvo, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio.”

A veces me preguntan cuándo y cómo adquirí mi testimonio. Como muchos otros que crecimos en la Iglesia, me resulta difícil señalar un momento, evento o experiencia específica para responder esa

pregunta. A veces lo comparo con preguntas como: *¿Cuándo te convertiste en adulto?* o *¿Cuándo supiste que amabas a la mujer que sería tu esposa?* Algunas verdades importantes se asientan en nosotros gradualmente, y para mí, entre ellas está mi testimonio de Jesucristo y de las verdades del evangelio restaurado.

Sin embargo, puedo identificar experiencias que fortalecieron mi testimonio. Algunas de las más significativas han sido actos de servicio al Señor y a Sus hijos. Ese es el principio que enseñó el apóstol Juan cuando escribió:

“El que practica la verdad viene a la luz” (Juan 3:21), y también: “El que quiera hacer la voluntad de Dios conocerá si la doctrina es de Dios” (Juan 7:17).

Así ha sido en mi vida. Al servirle a Él y a mi prójimo, he sentido Su presencia y he llegado a conocerlo a Él y las verdades de Su evangelio restaurado.

Ese es mi testimonio de Jesucristo. Pero nuestros convenios y llamamientos exigen más que palabras habladas. Pedro testificó: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”, y Jesús lo llamó “Bienaventurado” (Mateo 16:16–17). Pero mucho después, Jesús le enseñó a ese mismo Pedro lo que debía hacer: “confirma a tus hermanos”, *“cuando te hayas convertido”* (Lucas 22:32).

La palabra hablada de testimonio, aunque bendecida, no era suficiente. Había obra que realizar. En Su última enseñanza a Pedro, Jesús le mandó: “Apacienta mis ovejas” (Juan 21:16–17), reafirmando así que el valor del testimonio declarado debe demostrarse mediante el servicio obediente al Maestro de quien testificamos. Muchos años antes, el rey Benjamín enseñó lo mismo al desafiar a su pueblo: “Y ahora bien, si creéis todas estas cosas, ved que las hagáis” (Mosíah 4:10).

Cuando sabemos y testificamos de lo que sabemos, y hacemos lo que sabemos y testificamos, entonces llegamos a ser lo que Dios nos invita a ser. El Señor resucitado declaró:

“Quisiera que fueseis perfectos, así como yo, o como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (3 Nefi 12:48). Esa es la invitación divina para que cada uno de nosotros avance hacia su destino de vida eterna.

El camino que va de *saber a testificar, de hacer a llegar a ser*, es largo, y está lleno de distracciones. Algunas de esas distracciones incluso pueden surgir en la manera en que testificamos.

Por ejemplo, parte del “hacer” de un maestro del evangelio es siempre centrar su enseñanza en la gloria del Maestro y en las necesidades de las ovejas. De lo contrario, con una forma hábil de enseñar y testificar, un maestro puede volverse especialmente popular y atraer discípulos hacia sí mismo. Si eso se hace para “obtener ganancia o el elogio del mundo”, es sacerdocio falso o *sacerdocio por lucro* (2 Nefi 26:29; véase también Alma 1:16). Un maestro fiel del evangelio nunca oscurecerá la vista del Maestro colocándose en medio del camino o proyectando una sombra de autopromoción o interés propio.

Debemos siempre mirar al Maestro, testificar de Él, y hacer aquellas cosas que nos convertirán en lo que Él nos desafía a llegar a ser.

Un testimonio de Cristo debe llevarnos a actuar conforme a lo que sabemos, lo cual nos transformará en aquello que Él nos invita a ser.

